
ITINERARIO BIOGRÁFICO

Relato de una vida

El juicio, bien merecido por Ortega, de gran aficionado a los toros y de iluminador teórico de la tauromaquia, ha sido una aserto de gran unanimidad tanto a lo largo de su vida como en la valoración póstuma de su biografía y obra. Sin embargo, al acercarnos a esta cuestión con mayor detenimiento apreciamos algunos matices que deben de ser atendidos con mayor reparo y cuidado. Por ejemplo, su condición de aficionado, muy difícil de juzgar en tanto él mismo afirmaba, y como se verá en este itinerario hay luces y sombras en su afirmación, que desde 1903 apenas si había ido a presenciar corridas de toros. La imagen y el juicio que Ortega se hizo de los toros tenían que ver, por tanto, con los años de niñez y primera juventud en los que su padre, José Ortega Munilla, se complacía en llevar a sus hijos a ver a los grandes matadores de fines de siglo como *Lagartijo* y *Frascuero*.

Resulta enormemente sugestivo para muchos aficionados el hecho de que desde su primer libro, las *Meditaciones del Quijote*, de 1914, Ortega hubiese anunciado la pronta aparición de un libro titulado *Paquiro o de las corridas de toros*, que llegó a convertirse en una empresa siempre situada en el horizonte de sus desvelos intelectuales pero nunca alcanzada.

A cambio, Ortega elaboró algunas páginas memorables sobre el origen y la naturaleza de los toros. Además, cultivó la amistad de importantes lidiadores

Cómo citar este artículo:

González Alcázar, F. (2008). "Paquiro o de las corridas de toros". Ortega y la tauromaquia. *Revista de Estudios Orteguianos*, (16/17), 41-104.
<https://doi.org/10.63487/reo.562>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 16/17. 2008
mayo y noviembre



como Juan Belmonte y Domingo Ortega, con los que compartió momentos de indudable afición entre paseos, viajes, organización de festejos, capeas y tientas. En algunas de ellas se atrevió incluso a dar algunos capotazos, proyectando de alguna manera su muy merecida fama de gran torero de salón. De todo ello son clarificador ejemplo y amplia muestra las siguientes páginas.

PAQUIRO O DE LAS CORRIDAS DE TOROS ORTEGA Y LA TAUROMAQUIA

Felipe González Alcázar

ORCID: 0000-0003-0992-6275

U nas palabras pronunciadas por Ortega en el tercer coloquio privado de los *Recontres Internationales* de Genève de 1951 a buen seguro sorprenden a quienes se acercan a sus obras por primera vez: “Ha apelado usted a recuerdos profundos de mi adolescencia, cuando jugaba con los toros. Soy torero. Tenemos que dar a nuestra alma todas las formas posibles. [...] Pues bien, si usted viene conmigo durante algún tiempo, sin literatura, sin nada, torearemos entre los dos una hermosa corrida de toros”¹. Próximo a la setentena, cabe aquí resumir una actitud y una pasión que ha acompañado a nuestro filósofo perennemente a lo largo de su vida. El hecho de que en ese coloquio, André Chamson hubiese utilizado poco antes un símil taurino despertó en él una necesidad de afirmación que debió de resultar extraña y desconcertante, por desmesurada, en un auditorio intelectual centroeuropeo. Si un francés, por tanto de “un país de tauromaquia” como había aludido a su persona el académico Chamson en un turno anterior, recurría a relacionar una llamada de atención del propio Ortega en otro contexto con el momento de fijar al toro con la voz y el gesto para ejecutar la suerte de banderillas, él mismo se revelaría en toda la globalidad de su persona como un *torero*. Y expresado con la fuerza del presente, con toda la atracción de esa imagen, frente a colegas que a buen seguro, pienso yo, reirían por lo bajo vistiendo mentalmente al profesor español, bajito y filósofo, con traje de luces brindando al público una faena.

La presencia en España del lenguaje taurino y de la cultura asociada al mundo del toro, con sus metafóricos aprovechamientos en la vida cotidiana a

¹ “Tercer coloquio privado”, en *Anexos: Pasado y porvenir para el hombre actual*, en José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, VI. Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, p. 1127. En adelante citaré las *Obras completas* de Ortega según las normas de la *Revista de Estudios Orteguianos*.

través de todos los niveles lingüísticos posibles, implica una fuente creativa a la que los escritores, literarios o no da lo mismo, acuden a menudo dada su productividad². En el caso de Ortega, la implicación que despertaba en él el mundo taurino se convertiría en una de sus recurrencias más notables. Anécdotas de su vida y citas de su obras se esparcen, digámoslo así, por el ruedo. En el albero de la plaza concurren y se escenifican las palabras del Gallo cuando apuntalaba su fama de *sabio* con aquel “*Tié que haber gente pa'tó*”, o cuando en múltiples debates se citan diversos pasajes de la obras de Ortega acerca del misterio de la tauromaquia en tanto problema de geometría entre toro y torero o sobre la conocida premisa de que para explicar la historia de España debemos reflexionar a su vez sobre la evolución de las corridas de toros.

La propia condición de aficionado de don José se nos muestra con la misma polémica que las más hondas discusiones taurinas entre partidarios de *Joselito* o Belmonte, entre aquella faena o ésta, como si el *justo medio* fuera un ignorante o un convidado de piedra en cuestiones taurinas. De tal manera que hay quien acepta que Ortega asistía a los festejos con asiduidad o quien argumenta, como a veces afirmaba él mismo, que llegado a unos años de madurez, rara vez acudía³. Más aún, su propia *sabiduría taurina*, su aportación al conocimiento de la Fiesta, quedan a veces en entredicho, suscitando rechazos u oposiciones en unos⁴, a la par que unánimes adhesiones de otros. Como suele suceder en el mundo del toro, y en la vida misma, la verdad se compone de pequeñas verdades acumuladas hasta formar un calidoscopio. La *pequeña verdad* principal, radical, consiste aquí en la voluntad orteguiana por asimilar su íntima personalidad, su encarnadura, a modo de juego si se desea, a la de un torero. No solamente por afirmación propia como citábamos arriba (previamente al coloquio ginebrino apeló a los concurrentes agradeciéndoles su presencia para “oír la conferencia de un pequeño señor español que tiene cara de viejo torero”⁵), o por su amistad cercana con maestros de la envergadura histórica de Belmonte

² La bibliografía es abundante, me limito a remitir a los ensayos de Andrés AMORÓS, recogidos en *Toros, cultura y lenguaje*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999.

³ En la afirmación de su hijo parece quedar fijada la solución a este debate: “No era mi padre propiamente un «aficionado» a los toros. Sólo de cuando en cuando asistía a una corrida para tomar el pulso de «cómo iban las cosas». José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*. Madrid: Taurus, 2002, p. 305.

⁴ El mismo torero *Dominguín* que se matriculó en el curso sobre Toynbee del Instituto de Humanidades opinaba que Ortega, al igual que Hemingway, si bien con otras condiciones, no sabía demasiado del tema a tenor de sus comentarios. En Andrés AMORÓS GUARDIOLA, *Luis Miguel “Dominguín”*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, pp. 426-427.

⁵ En VI, 783. Los textos de los encuentros se publicaron por primera vez en 1951 y se trasladaron al español bajo el título de *Hombre y cultura en el siglo XX*. Madrid: Guadarrama, 1957. Allí fue recogida la conferencia de Ortega del 12 de septiembre de 1951 donde pronunció estas palabras.

o Domingo Ortega, incluso por su afición al toreo de salón y por la tentación de dar algunos capotazos en capeas de las que queda testimonio gráfico, sino, sobre todo, por haber logrado dejar esa vívida impresión hasta convencer de ello a quienes le trataron u oyeron. Recordemos en la evocación de Madariaga que cuando tras el primer encuentro, al que asistió, entre Ortega y *la Argentinita*, y a requerimiento de quien refiere esto para conocer su opinión acerca del ya famoso filósofo, ella comentó: “Pues mire usted. Un torero malagueño”⁶.

1883-1902. Años infancia y de juventud. Primer tercio de ilusiones

Los toros y su mundo formaban parte medular de la realidad cotidiana de Ortega en su propia casa desde que nació. Su padre, José Ortega Munilla fue un gran aficionado, crítico taurino, pionero de la presencia de la crónica de toros en los periódicos así como de la revista taurina a través de *El Chiclanero*. Los Gasset también hubieron de ejercer cierta influencia, toda vez que desde las páginas de *El Imparcial*, fundado por su abuelo Eduardo Gasset y Artime en 1867, tratándose del diario de mayor difusión durante la Regencia, se ejerció con gran éxito la crónica taurina. En aquellos años de formación y de primeras grandes impresiones, indelebles en la vida de todo ser humano, el niño Ortega podía toparse en su casa con protagonistas de la Fiesta. Su padre se convirtió en apoderado, y en huésped puesto que vivió en su casa por un tiempo, del joven diestro sevillano Manuel Mejías que llegó a apodarse el *Papa Negro*, y más tarde sería iniciador de la dinastía de los *Bienvenida*, grandes protagonistas de faenas memorables y de hondas tragedias en el pasado siglo XX⁷.

Los juegos infantiles pueden suponerse muy plenos de influencias taurinas en los pequeños: los imitados movimientos, los juguetes, los trastos, simulados o adaptados a los niños. La afición se presenta primariamente por el contacto directo. En palabras de su hija Soledad: “Las corridas de toros entran también muy pronto en la vida de los niños Ortega. Era mi abuelo gran aficionado a la fiesta nacional y tenía siempre barrera en las mejores corridas. Desde que cumplen los tres años, lleva con él a sus dos hijos mayores –¡bizarra idea sobre la educación!–; mas, por eso, mi padre llegó a conocer un toreo mucho más antiguo del que correspondía a los hombres de

⁶ Salvador de MADARIAGA, “Impresión de Ortega”, en *De Galdós a Lorca*. Buenos Aires: Sudamericana, 1960, pp. 111-112.

⁷ Perviven diversos testimonios. Remito, en esta ocasión, al artículo de Carlos ABELLA en el reportaje especial dedicado a Ortega en su columna “El espectador taurino” de la revista *Fiesta*, 4, año I (julio de 1983), p. 85.

su generación”⁸. Lo confirman muchos testimonios, incluidas las evocaciones de su hermano Manuel al referirse a una fase enfermiza de su niñez⁹ y las respuestas del mismo José Ortega a un cuestionario que bajo la divisa de *Domadores del éxito* elaboró para algunos números de *La Esfera* Enrique González Fiol en 1924. Preguntando al filósofo acerca de su niñez y ante la confesión de haber sido un poco inquieto en aquellos años el periodista da una larga cambiada (o no tanto) y le inquiera sobre su afición:

¿Le gustan a usted las corridas de toros?

Sí, señor. Y he sido taurófilo hasta el año 1903. No faltaba a ninguna corrida con mi padre, y he visto torear a *Currito*, *Lagartijo*, *Fracuelo* y a todos los toreros más famosos de aquella época. Ningún aspecto de la vida española me es desconocido ni me fue indiferente.

Pocos años más adelante, los toros siguen formando parte integral y viva de la formación del joven estudiante del colegio malagueño de El Palo, a tenor de sus alusiones epistolares. La expresión taurina, tan viva en España y más aún en Andalucía, pronto pasó a integrarse con naturalidad en su escritura, suponemos que aún más en el lenguaje coloquial y conversacional. Por ejemplo, en una carta fechada el 17 de enero de 1897 el joven José, que más adelante pasará a firmar *Pepe*, refiere a los padres sus primeras lecciones en materia que habrá de ser la raíz de su vida intelectual: “Y a propósito de carneros (no lo digo por el tío Ramón eh?) has de saber que ya hemos dado el primer capotazo o pase, que es de pecho por lo rápido, a la sagrada cuanto nula Filosofía, así como a la deliciosa Química...”¹⁰. A buen seguro que conocía la variedad y el nombre de muchos pases por propia experiencia. La afición, que debió de ser cultivada con apoyo paterno, tuvo su tiempo de entrega e ilusión, con los visos de realidad que las fantasías de un niño de ocho años convertían en un hecho natural. En otra carta del año 1891 había escrito lo siguiente: “El día de la Inmaculada hay una corrida de toros y yo como me dijiste que me ibas a hacer una capa házmela”¹¹.

Sobre estas ilusiones y sus cumplimientos poseemos también gran variedad de testimonios. Algunos altamente poetizados, como el artículo de A. de S. en *Madrid Taurino* de 1946, recordando una entrevista hecha dos lustros an-

⁸ Soledad ORTEGA SPOTTORNO, “Relato”, en *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida 1885-1955*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia/Fundación José Ortega y Gasset, 1983, pp. 22-23.

⁹ Manuel ORTEGA Y GASSET, *Niñez y mocedad de Ortega*. Madrid: Claves, 1964, p. 36.

¹⁰ José ORTEGA Y GASSET, *Cartas de un joven español (1891-1908)*, edición de Soledad ORTEGA SPOTTORNO. Madrid: El Arquero, 1991, p. 84.

¹¹ *Ibidem*, p. 51.

tes en la que Ortega afirmaba que había toreado con su hermano Eduardo como “peón de confianza”. En su periplo de aprendizaje rememoraba que pasó por muchos pueblos castellanos, señalando Fuentelahiguera y Malaguilla, entre otros de Guadalajara, cosechando alborozos de la afición popular. Esa búsqueda del aplauso, la intención de ofrecerse al público, la expectación y los recursos plásticos con que se adornaba, llegaron a formar parte intrínseca de todo aquello que provocaba Ortega en sus conferencias y actos públicos. En cualquier caso, parece que duró poco la intención de convertirse en torero profesional. La cortó en seco un morlaco de nombre *Vinagre*, que simbólicamente en el relato de *Madrid Taurino*, indujo a la joven promesa a buscarse otra profesión igualmente arriesgada, al menos hoy, pero mucho menos cruenta: la de estudiante universitario en Deusto y en Madrid. Quizás la memoria selectiva o la capacidad del periodista para imaginar las ilusiones de un muchacho, contribuyeron a publicitar esta historia. El relato que de ella hizo su hermano Manuel, despojado de emotiva aventura si bien incluso en cierta íntima nostalgia, refleja, a mi juicio, una visión más reveladora de aquellos años de glorias fingidas y atrevimientos adolescentes:

Es obligado aprovechar la coyuntura para aludir a las aficiones tauromáquicas de mi hermano, que han tenido en su historial contradictorios avatares. Había en la corraliza de mi tío una pequeña vacada, y acertó a darse en ella un becerrete muy majo que se llamaba *Vinagre*. Cierta tarde se colocó Pepe delante de él con la chaquetilla de verano a modo de capote. Se arrancó el bicho y le dio Pepe unos cuantos lances, mas perdió terreno y el choto lo derribó y le pasó por encima, con susto espantoso de nuestro tío¹².

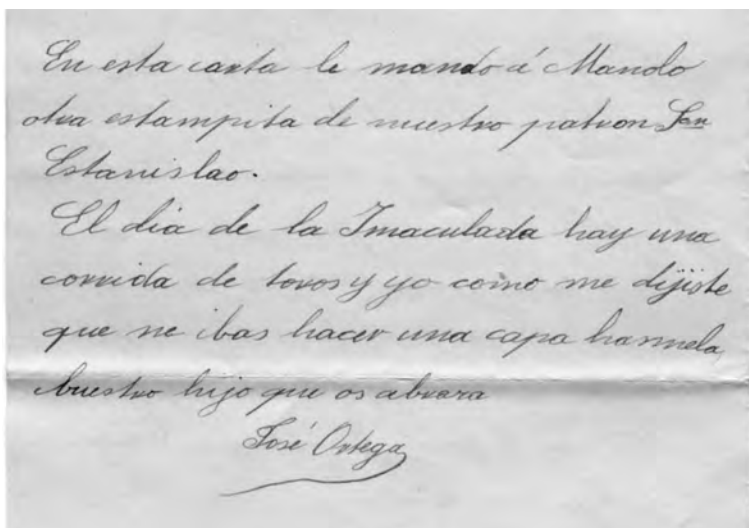
¹² Manuel ORTEGA Y GASSET, *Niñez y mocedad de Ortega*, ob. cit., pp. 71-72. Se refiere a una finca de caza propiedad de su tío Pepe Gasset en la provincia de Guadalajara.

Documentos:

Cubierta y portada del libro de Sobaquillo, Mariano de Cavia, *De pitón a pitón*. 1891



Carta de José Ortega y Gasset a sus padres pidiendo una capa de torero. Málaga, 22 de noviembre de 1891



Carta de José Ortega y Gasset a sus padres refiriendo sus clases con términos taurinos. 17 de enero de 1897

Fotografía de José Ortega y Gasset con su padre en la finca de su tío Pepe Gasset en Fuentelahiguera, Guadalajara. 1897



Fotografía de José Ortega y Gasset en una plaza de toros, con bombín y capote. [c. 1900]



La Esfera: “Domadores del éxito | José Ortega y Gasset”. Artículo firmado por Enrique González Fiol. [5 de enero de 1924]



Hace unos años, en un rincón de los Páramos aragoneses, é propio de un comentario más á un crítico de Ortega y Gasset, dijo un hombre.

—Siempre está cosa era de sí mismo Ortega, no es un filósofo. No es más que un poeta.

El tono, más que la opinión, dejóse oír. Sin recurrir á la solada interpretación de la palabra vicio, me limité para secundar al señor la sentencia advirtiéndole que el ingeniero católico de Salamanca no recordaba que la poesía y el arte sucedían y avallaban la investigación científica. Me adelanté al estrocho concepto que Linzmayer demostraba del filósofo y del poeta, como si ambos pudiesen ser persona distinta, olvidando aquella frase de Mazzini y Gasset: el

escritor europeo digno de tal nombre será un filósofo que llevara en la mano la lira del poeta.

Por ser Ortega y Gasset el amonado por Mazzini, ha temido recientemente en París, con su estudio acerca del novelista Marcel Proust—cuya publicación en la *Nouvelle Revue Française* ha constituido un acontecimiento literario en Francia—, y ha sido tan rotunda su victoria, que muchos y altos ingenios extranjeros, como el ilustre Paul Desjardins, le remitiéron el primer crítico de nuestro tiempo.

Sin embargo, Ortega y Gasset es bastante más que el primero: un crítico: no sólo, único, original por su técnica y por su estilo. Pensador y artista, filósofo y poeta, es mucho más un momento culminante del pensamiento universal, el genio en el cual las dos corrientes socia-

les de la verdad y de lo bello casan sus ondas luminosas para formar el río grandioso de la idea radiante y consoladora.

Hasta él, la crítica española obedecía en su elaboración á la influencia francesa—no se esfuerza á ella ni el editor Menéndez y Pelayo—, que en los últimos tiempos puede clasificarse en dos ramas principales: la de Saint-Benoit á escuela impresionista y la de Brunetière, que erige al crítico en juez y al publicista en un proscrito, por cuya obra ha de fallarse si ha fallado á veces más convencionales que rigurosamente científicas, y que alguna vez definió también así el jefe de esta misma escuela: «Un zavalá á lo largo de un camino: cada cordero que pasa deja un vellón entre sus espaldas.» Muchos ambos de crítica que han sido desde Boscán,

1903-1935. Época de madurez intelectual. De algunos quites previos al brindis

Los años de estudios universitarios coinciden con escasos testimonios escritos de interés por los toros, según la documentación conservada en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset. El ambiente intelectual y académico de primeros del siglo XX no favorecía en principio a la vocación taurina. La intelectualidad regeneracionista, a través de ideas krausistas, particularmente europeístas de Costa o anticruentas en Giner de los Ríos, desembocan en un hondo apartamiento de algunos autores del 98 de una tirana y exigente afición por los toros, como recuerda Maeztu en una conocida carta¹³. Los debates se convirtieron en algo más profundo: un elemento fundamental y paradigmático de las discusiones sobre el ser de los españoles. Las pasiones generadas, las emociones colectivas que creaba la Fiesta no podían hurtarse a la polémica. Rosario Cambria, en su tan informado estudio, nos recuerda que en el cambio de siglo había cerca de trescientos periódicos y revistas dedicados en su integridad o en parte a las corridas de toros¹⁴. En general, las publicaciones más tradicionalistas mantenían su apoyo contra viento y marea frente a actitudes que a lo largo de la historia pueden asociarse a momentos de auge del Racionalismo y a autores empeñados en afrontar reformas de costumbres, sobre todo hacia las clases aristocráticas que eran hasta el siglo XVIII las protagonistas del toreo a caballo: nombremos al padre Mariana, a Quevedo, a Torres Villarroel, a Larra... y como no, a casi todos los ilustrados. Las prolongadas estancias en Alemania no contribuirían a que mantuviera un contacto más cercano con su temprana afición, que sobrevivió soterrada en el imaginario del que había sido, siquiera en algunos momentos climáticos, *torerillo* en ciernes, a tenor de algunos atrevidos testimonios dispersos en su epistolario¹⁵. Muestra

¹³ "Ahí van algunos: hemos matado las corridas de toros y el flamenquismo (los krausistas no ejercieron influencia fuera de su capilla). Claro está que lo hechos quedan, pero los ideales los matamos nosotros. Ya es imposible que se hagan reputaciones con revistas de toros, imposibles los casos de Eduardo del Palacio y Peña y Goñi, imposible que un Cavia rebaje su espíritu a esos horrores. Ya los toros no son más que un negocio. Muerto el ideal (en eso soy tan idealista como Ud.) morirán más o menos pronto las corridas". En "Dos cartas de Ramiro de Maeztu a Ortega (1908)", *Revista de Occidente*, 65 (octubre de 1986), pp. 118-119.

¹⁴ Rosario CAMBRIA, *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX*. Madrid: Gredos, 1974, p. 21. Remito al primer capítulo de este libro para presentar un panorama del pensamiento taurino en estos años.

¹⁵ No es difícil encontrar referencias taurinas en las cartas familiares, ya por el uso de términos específicos, expresiones o símiles. Por ejemplo, en carta a su por entonces novia describe su naturaleza sentimental con resonancias de campo de reses bravas: "Soy muy sentimental, muy tierno, bien lo sabes, pero no pasional; nada en mí llega al bramido de la pasión". En *Cartas de un joven español*, ob. cit., p. 547.

viva de ello nos queda en una carta del 13 de marzo de 1905 en que revela que le complace sobremanera visitar el zoológico de Leipzig para provocar en aburridos ruminantes las reacciones de un toro de Veragua¹⁶.

Haciendo caso al propio Ortega, o a sus biógrafos, a partir de 1903 dejó de acudir con asiduidad a las plazas de toros. Curiosamente el año en que se prohibió por las Cortes el toreo en domingo, como cualquier otro trabajo, por la Ley de Descanso Dominical. Ello no parece implicar una lejanía o un rechazo, solamente apoya la afirmación de que Ortega no apareció por los tendidos de la plazas de Madrid, la de la calle de Alcalá, la Monumental después, o las de Carabanchel, durante mucho tiempo o sólo esporádicamente. Conforme su presencia pública aumentaba y su magisterio engrandecía su figura intelectual, el aficionado que permanecía en él se retraía a espacios de intimidad. Tan íntimos como la misma reflexión, pues son ahora los momentos en que surgen sus *meditaciones*, en virtud, *salvaciones*, dedicadas desde los años 10 a servir de análisis sobre aspectos radicales del sentir español a través del giro que había sufrido el ideario filosófico de Ortega hacia la fenomenología. Estos ensayos, pronto perturbados con ideas diferentes, sin duda superados en su esquema previo, quedan reflejados en un documento manuscrito y en la contraportada del primer libro, *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes), de 1914¹⁷. En ambos índices aparece el título que habrá de acompañar siempre, en forma de promesa frustrada, todo acercamiento de Ortega al arte de torear: *Paquiro o de las corridas de toros*. No sabemos nada de su posible contenido en fechas tempranas: es un fantasma que se aparecerá con empecinamiento ante los ojos de los lectores orteguianos de sus últimos años. Ni un atisbo de lo que por entonces barruntaba acerca de la tauromaquia, quizás solamente un proceso de voluntarismo, un necesario poner en orden múltiples discusiones por entonces muy vivas: desde la licitud de las corridas, como dijimos arriba, y su pervivencia, a los cambios operados en la misma Fiesta. Su hijo Miguel refiere algunos condicionantes que pueden servir de resumen general de las ideas de Ortega en estos años:

La afición de mi padre a los toros procede de su juventud. Mi abuelo Ortega Munilla llevaba a sus hijos a una barrera de la plaza de toros de Madrid desde la que presenciaron la actuación de las grandes figuras del toreo de entonces, cuando no resultaba raro que un toro destripase en la plaza a varios caballos. Me decía que entonces existía un equilibrio

¹⁶ "Mi mayor placer es hurtarle el cuerpo a los vigilantes para molestar a unos búfalos y a una pareja de *auerocks* los cuales son de Veragua y atizan cada testarazo a unos enormes maderos que los encierran, que resulta casi una corrida de toros". *Ibidem*, p. 111.

¹⁷ Reproducido en *Revista de Estudios Orteguianos*, 6 (2003), p. 57.

entre la fuerza del picador y la del toro; que al imponer los petos, ese equilibrio había desaparecido al hacerse fuerte el picador con el caballo protegido, con lo cual el toro quedaba deshecho. Por esa razón, mi padre dejó de ir a las plazas, aunque seguía muy interesado por la teoría del toreo. Tanto que entre los temas que se le quedaron “trasconejados”, como él gustaba decir, figuraba un estudio sobre “Paquiño o de las corridas de toros”¹⁸.

Este lapso de tiempo, pese a su extensa duración, demasiado volátil debido a lo perentorio y preciso de una primera actividad periodística y política junto a otros compañeros de la generación del 14 y luego el engrandecimiento de su magisterio intelectual y académico, alejó a Ortega de su embrionario propósito de dedicarse a escribir un libro sobre toros.

¹⁸ En Miguel ORTEGA Y GASSET, *Ortega y Gasset, mi padre*. Barcelona: Planeta, 1983, p. 182. La fecha a que se refiere el texto es 1928, considerada un antes y un después en la historia del toreo, desde la implantación del peto, que supuso un modo diferente de afrontar la suerte de varas ya que se provocaba un choque frontal del toro contra la armadura acolchada de caballos cada vez más robustos. Indudablemente generó una “humanización” del festejo que en casos extremos, suponía la muerte de muchos caballos en la plaza. Tuvo detractores desde su puesta en vigor. Y en cualquier caso no justifica cronológicamente la ausencia de Ortega en los tendidos desde primeros de siglo. Previo a esta fecha, en “No ser hombre ejemplar” de 1924 escribe lo que parece ser una intelectualizada actitud: “La mayor parte de los españoles no va a los toros. Por una u otra razón, esta fiesta les aburre o les repugna. Sin embargo, un día, cediendo a tal o cual circunstancia, ese español que no va a los toros asiste a ellos. [...] El que no suele ir a los toros, si va alguna vez, lo hace precisamente porque no da importancia al no ir. El falso ejemplar convierte el hecho sencillísimo y negativo de no ir a los toros en una hazaña positiva”. En II, 477.

Documentos:

Primera página de la carta de José Ortega y Gasset a sus padres desde Leipzig en la que menciona a los toros de Veragua. 13 de marzo de 1905

Lunes 13 - Marzo - 05

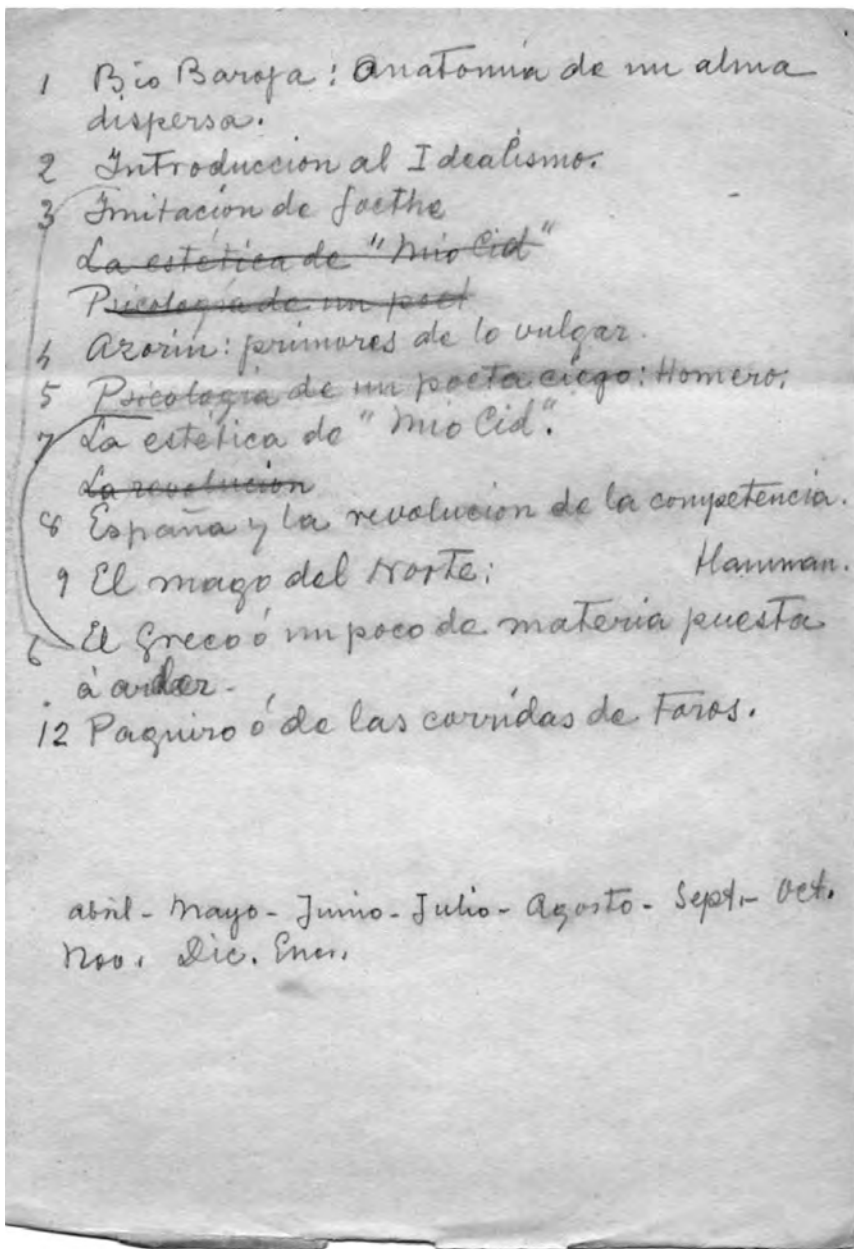
Querido padre: recibo en este momento tu carta. (10 $\frac{1}{2}$ mañana)

Oyer hizo un día admirable en cuanto a temperatura - 12 $^{\circ}$ aunque el cielo solo a trechos se mostraba azul. La lluvia era absoluta y únicamente azul del cielo voy creyendo que es inútil aguardarla. Sin embargo, según me dice la gente el clima de Leipzig es uno de los más dulces e iguales en Alemania. Llueve relativamente poco - a menudo.

Como era tan blando el tiempo me fui al Jardín Zoológico que era diversion única que me permito y a la verdad la única que me agrada. Es un lugar donde va muy poca gente, donde hay unos enormes árboles de Fraxos y ramas negras y hermosos animales. Mi mayor placer es mirarle el enorme a los vigilantes para molestos a unos búfalos y a una pareja de auerocks, los cuales son de Veragua y tiran cada festorazo a unos enormes maderas que los sacorran, que resulta casi una comida de toros. Hay un Wapiti o ciervo del Canadá que me y bellísimo, con un par de árboles en la cabera ^{con} el cual vive en

Carta de Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset en la que refiere los logros de su generación. [Septiembre de 1908]

Página del manuscrito "[Pío Baroja]". [1910-1015]



Su amistad con Belmonte y Domingo Ortega

Ortega sustituyó la asistencia asidua a grandes plazas por el trato humano y cercano con la tauromaquia y con toreros que mantuvo toda su vida. Sabemos de dos amistades fundamentales que orientarán de algún modo todo acercamiento al mundo taurino: la de Juan Belmonte y la de Domingo Ortega. El primero, muy presente en estos años, fue un torero que hizo época por su técnica y muy frecuentado por intelectuales. Por su enfrentamiento con *Joselito* y de su aportación al arte tauromáquico se han interesado muchos escritores, culminando por entonces en el libro de Chaves Nogales¹⁹. Incluso parece haber una cierta duda respecto de la devoción expresada por Ortega hacia uno u otro²⁰. En cualquier caso, esta amistad tuvo un tercer amarre en el pintor Zuloaga. Ortega veraneaba asiduamente en Zumaya desde 1917, donde el pintor tenía su casa y su taller, Santiago-Etxea. Zuloaga era, además de un genial artista plástico, un apasionadísimo aficionado a los toros y él mismo torero desde muy joven²¹. En Zumaya, entre paseos, juegos de pelota y otras actividades veraniegas, los dos amigos revivían una de sus mayores pasiones. Ya fuera tentando vaquillas, incluso en el caso de Zuloaga toreando casi profesionalmente, ya asistiendo a corridas que el pintor organizaba o preparando festivales taurinos benéficos para todo el pueblo, gran parte del verano lo consumía Ortega alrededor del mundo de los toros, incluso acercándose a San Sebastián para vivir la Semana Grande con su familia. Allí emulaba a sus amigos de alguna manera, no parece que al mismo nivel que el pintor aunque no me cabe a mí cotejar torerías y valor por el tamaño de los bureles, o contribuía a que el pueblo pudiera disfrutar con verdaderas tardes de gloria y emoción, aun tratándose de “toretas” (como se puede leer sobre la benéfica de 1925). No en vano Belmonte, invitado a menudo y promotor también de festivales, padeció en Zumaya una de sus más graves cogidas, y algunos de esos festejos se recordaron durante mucho tiempo, sobre todo el de 1924, que trató de repetirse al año siguiente, pa-

¹⁹ Manuel CHAVES NOGALES, *Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas*. Madrid: Estampa, [1930].

²⁰ ABELLA, en el artículo de la revista *Fiesta* anteriormente citado, se hace eco de esta tradicional dualidad imponderable, como tantas otras, de la tauromaquia: “Aunque Néstor Luján, en su maravilloso libro *Historia del toreo*, sitúa a Ortega entre los partidarios de Belmonte —«seducidos, sin duda, por la calidad plástica y literaria del maestro trianero»— algunos testimonios nos hablan más bien de una cierta inclinación por el clasicismo y tecnicismo de *Joselito*”.

²¹ José ORTEGA SPOTTORNO nos lo certifica indirectamente: “En el garaje estuvo siempre colgado en la pared el cartel de la novillada celebrada el 17 de abril de 1897 en la plaza de toros de la Escuela de Tauromaquia de Granada en la que uno de los matadores era «Ignacio Zuloaga, el pintor». Los retratos de sus amigos Juan Belmonte y Domingo Ortega son obras maestras y siempre anduvo próximo a ellos. Y no dejó ningún verano de organizar en Zumaya becerradas o corridas por todo lo alto como la que hemos contado”. En *Los Ortega*, ob. cit., pp. 242-243.

rece que con menos éxito pese a la calidad del cartel. Oigámoslo con mayor cercanía:

Quizá el gran verano de Zumaya fue el del año 1924 en que se celebró la corrida de toros organizada con fines benéficos, para el hospital local, por Zuloaga y por mi padre, [...]. Ambos eran muy entusiastas de la fiesta y ambos eran amigos de Juan Belmonte, el torero puntero entonces y uno de los genios de toda la historia de la tauromaquia. Belmonte movilizó fácilmente a sus colegas más en boga y en pocos sitios se habrá celebrado una corrida de tanto fuste como aquella. La plaza, de madera, se instaló en la campa que había entonces junto al faro y es posible que el ruedo fuera demasiado estrecho para los “toros” de cuatro años que se lidiaron y fuera la causa de la grave cogida que sufrió Belmonte al lancear su segundo toro²².

En ese ambiente, más relajado e íntimo, ajeno a los rigores madrileños, incluso taurinamente hablando, el niño ilusionado y el joven muletilla que atropelló *Vinagre* reverdecían y se asomaban en viejos sueños bajo la apariencia del ya prestigioso catedrático de metafísica, del promotor de tantas empresas culturales de primer orden o del político. De sus tertulias en *Revista de Occidente* o de sus conferencias nos trasladamos a una de las más acrecentadoras pasiones de Ortega: hablar de toros, practicar el toreo de salón (del que fue consumado ejecutor a tenor de lo que se cuenta, pues también en dar pábulo al anecdotario se mostró Ortega inmerso en esa cultura taurina), discutir como un aficionado más, explicar a su manera el encuentro con el animal en la plaza o sus variadas morfologías, recrear viejas faenas de toreros ya clásicos (recordemos que en su niñez alcanzó a disfrutar con *Frascuolo* y *Lagartijo*) en suma, dejando germinar poco a poco una vieja idea, la de escribir su *Paquiro*.

La relación con Belmonte ayudó a mantener durante los años 20 y 30, tan trascendentales en la labor filosófica y la política de Ortega, los fulgores juveniles y el interés en todo lo relacionado con el toreo. Ambos se profesaron por esos años una relación de mutua admiración, hasta el punto que el filósofo agradecía el trato personal tanto por el mismo afecto de la relación íntima con otro semejante que entendía de sus mismas aficiones como por la alta consideración que le causaba la tan comentada valía intelectual del torero²³. Hay testimonios gráficos de algunas excursiones y paseos en

²² *Ibidem*, ob. cit., pp. 304-305.

²³ Escribe su hijo José en *Los Ortega*, ob. cit., p. 305: “En invierno –Belmonte vivía en Madrid– se veían a menudo él y Ortega en paseos y excursiones en automóvil a pueblos próximos. Siempre le oí decir a mi padre que Belmonte era una de las personas más inteligentes que habían pasado por su vida”.

los que se advierte en ambos el gesto relajado y tranquilo de personas acostumbradas a la asiduidad del trato. También de la presencia de ambos en, como el banquete homenaje dedicado al torero que tuvo lugar en 1935. Dicha asiduidad admirativa hubo de sostenerse muchos años hasta que apareció en la cercanía vital la amistad con otro torero igualmente genial, Domingo Ortega, inalterable hasta el final de la vida de nuestro filósofo pero más familiar a partir de los años 40.

Mientras tanto, la obra de Ortega apenas se mostraba permeable a escritos y temas taurinos: breves alusiones, presencias soterradas, escasas pinceladas a propósito de la crueldad inherente al trato a los toros en las corridas a sugerencia de unos artículos sobre el vuelo de aves anilladas o el señuelo de la presencia de un toro amenazante en la clase, sintomática decisión para ejemplificar en su crítica fenomenológica al viejo Idealismo²⁴. Aún habría que esperar algún tiempo y atravesar las terribles circunstancias de la Guerra Civil para que, de algún modo, el tema taurino ejerciese una centralidad más acusada y palpable en la obra de Ortega.

No dejó nunca, ya lo hemos explicado, de relacionarse con el universo del toro, pero en aquel momento, época extraordinaria en la historia de la Fiesta, solamente la crítica taurina en prensa podía alimentar el conocimiento orteguiano de hechos fundamentales, tales como los grandes triunfos o las nuevas promesas, la evolución de las ganaderías y del efecto que producían algunos cambios antes comentados, como el uso del peto, en la evolución concreta de la tauromaquia. El ya lejano recuerdo de *Frascuero* o la asistencia puntual a alguna corrida, según testimonios²⁵, no debían bastar para saciar el apetito por asumir, lúdicamente pero con respeto hondo, el papel de torero. En unas ocasiones, como la corrida celebrada en Córdoba en 1932, con ocasión del VIII Centenario de Maimónides de cuyo Patronato de Honor formó parte en los actos celebrados en marzo de 1935, solamente emulando la pose del toreo previa a la faena. En las imágenes conservadas, de pie, en traje de calle pero calado con sombrero de ala ancha, la vista al frente, serena pero ligeramente tensa, el cuerpo levemente abarquillado, la capa abrazada y plegada con elegancia sobre el brazo izquierdo, al lado de *Machaquito*, da la impresión de un viejo maestro que no puede evitar enfren-

²⁴ "Sobre el vuelo de las aves anilladas", publicado en *El Sol* en agosto del 29, en IV, 239, y la lección XIII de los *Principios de metafísica según la razón vital. Curso de 1932-1935*, en VIII, 647-651.

²⁵ José María de COSSÍO, en un artículo suscitado por la muerte de Ortega, nos refiere algunos momentos de una corrida de la Prensa celebrada en Madrid en 1934 a la que asistieron juntos. Remembranza, desde otra de los años cuarenta en Campo Pequeno, de estilos de montar e incluso de vestimenta y adornos entre un rejoneador portugués, Da Veiga, y el cordobés Cañero. En "D. José Ortega y los toros", *El Heraldó de Aragón*, 30-X-1955.

tarse al peligro una vez más y que generosamente, por algún motivo benéfico, se ha vuelto a vestir de corto para complacencia de la afición y de sí mismo. Esa emulación, ficticia en este caso, no es ajena a la propia evolución de su vida, al paso del tiempo, a la pérdida lógica del vigor juvenil que parece querer retar gallardamente. Otras veces, volviendo a dar capotazos, con presencia y ayuda de toreros profesionales y de otros aficionados inoculados con el mismo virus, como su muy arrojado amigo Zuloaga. Acerca de las fotos de 1935 en Azpeitia, José Ortega Spottorno, en su revelador *Los Ortega*, parece no seguir la pauta desmitificadora pero entrañable que habíamos leído en su tío Miguel, al apreciar, pasado el tiempo, el riesgo en que había caído su padre bajando al ruedo ante aquellas resabiadas reses:

En 1935, cuando pasó mi padre solo unos días por Zumaya, le organizó [Zuloaga] una capea en la plaza de Azpeitia –que él alquiló para nosotros– con unos toros de una ganadería de Astur, cerca de Régil, que el ganadero alquilaba embolados para festejos tales y que, naturalmente, sabían latín. Allí dio mi padre unos capotazos junto a Domingo Ortega y el propio pintor de los que se conserva testimonio fotográfico²⁶.

Documentos:

Fotografía de una banda de música en la plaza de toros de Zumaya. 1920



²⁶ *Ibidem*, p. 294.

Fotografías de Ortega paseando con Belmonte, Luis de Tapia y Sebastián Miranda. 1932



Fotografías de Ortega y Belmonte en un almuerzo. 1932



Fotografías de Ortega en el homenaje a Maimónides en la plaza de “La Viñuela” de Córdoba junto a *Machaquito*, Pascual Calderón y Rafael Castejón. Primavera de 1932



Fotografías de Ortega toreando en Azpeitia con Zuloaga. Verano de 1935





Tarjeta de invitación y menú del banquete-homenaje ofrecido a Juan Belmonte y Manuel Chaves Nogales, que tuvo lugar en el Hotel Nacional de Madrid. 23 de diciembre de 1935



1936-1955. Retomando a *Paquiro*. Muleta en mano en busca del triunfo

La vida de Ortega pasó por terribles pruebas desde el comienzo de la Guerra Civil hasta que consiguió estabilizar de alguna manera su armonía intelectual y la pura supervivencia, junto a las de su familia²⁷. Esto tuvo lugar, a pesar de contradictorios testimonios, al conseguir un modo de existencia reposado y tranquilo en Portugal. La relación de Ortega con los toros tomó un rumbo diferente; apremiado por las preocupaciones y debido a sus estancias en París, sobre todo, y luego en Argentina, a pesar de alguna expedición al campo en tierras de los gauchos, le impidió continuar con esa especie de doble condición de aficionado en lo estrictamente privado y casi ausente de grandes festejos, si pensamos en el adjetivo *grande* como sinónimo de plazas de primera frente a festivales, capeas o tientas. Tal vez debido a la lejanía primero, luego al reencuentro en Portugal con un tipo de corrida radicalmente distinta, al prohibirse la hora de la verdad desde 1928, para un verdadero *connaisseur* —concedamos que muchos se llevarán las manos a la cabeza por el uso de este término para tratar de toros, sobre todo en lo que tiene de autosatisfacción placentera e intelectual a la vez—, lo cierto es que Ortega comenzó a estructurar su pensamiento hacia la reflexión acerca del ser de España, de su historia y su condición, quizás a modo de revulsivo para superar el trágico suceso que había tenido lugar y cuyas consecuencias se arrastraban y arrastrarían durante demasiados años. Incluso en los años lisboetas no cejaba en su interés por acudir a ver a los *forcados* y continuar deleitándose con charlas tauromáquicas en los más extraños auditorios, como en el episodio que refiere, con cierta malicia, Pedro Sainz Rodríguez acerca de una comida de Ortega con Don Juan de Borbón, en la que don José no paró de hablar de toros²⁸.

La tauromaquia pasó a formar parte, con su imponente presencia en la intrahistoria española, de ensayos con un sesgo histórico sobre Velázquez o Goya y volvió a hacer su aparición el fantasma juvenil de *Paquiro*. Y al regresar a España la presencia taurina cobró mayor protagonismo aún, incluso como tributo debido a unos tiempos determinados en los que muchos condicionantes (una defensa triunfalista y agresiva de lo radical español, un subterfugio a situaciones opresivas, el reflejo conductivo de recuperar con cierta normalidad la cotidianeidad de la Fiesta y por ende de escapar a años de crueldades y miserias o la simple presencia de una censura amenazante),

²⁷ Son muy elocuentes las confidencias al respecto del terrible año de 1941, extensivo a los años trascurridos tras la guerra, que hace Ortega a Justino de Azcárate y a la condesa de Yebes. Cfr. Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, p. 447.

²⁸ Cfr., Carlos ABELLA, "Ortega y Gasset", art. cit., p. 85.

impulsaron a que la tauromaquia se convirtiera en objeto de múltiples estudios y de atención verdaderamente popular y masiva en creciente interés hasta los toreros-espectáculo de los años 60 ayudado por la televisión. En el caso de Ortega, la preocupación radical por los toros había por fin germinado, entre múltiples otros intereses intelectuales, y además encarnado un acontecimiento concreto que había tomado cuerpo en la década de los años 30 coincidiendo con cierto retraimiento ante los acontecimientos políticos y su refugio en la Universidad: la enciclopedia de José María de Cossío.

Documentos:

Serie de fotografías y tarjetas postales de escenas taurinas con rejoneadores y *forcados* en Portugal. [S. f.]



Ortega, Cossío y *Los toros*

Durante los años 30, tras la fusión Espasa-Calpe, Ortega continuaba vinculado, editorial y administrativamente, a la editorial Calpe, y pese a haber pasado a una condición no ejecutiva, su dictamen seguía muy tenido en cuenta en las iniciativas editoriales²⁹. Entre ellas resalta la iniciativa de convencer a José María de Cossío, que ya había preparado una antología de poesía taurina en 1931, para que publicara un libro muy completo sobre toros que incluyera diversos aspectos técnico-artísticos. En palabras de Cossío:

Era entonces asesor de la editorial Espasa-Calpe, y aconsejó la publicación de un libro de toros que en su idea debiera recoger los aspectos técnicos de la fiesta que pueden interesar a un aficionado y los históricos que debieran interesarle aunque rara vez le interesen. Asimismo debía tener cabida un panorama de la influencia de la fiesta en el arte, en la vida social y en cuantas actividades españolas han sufrido el influjo de la fiesta taurina. Aprobado el proyecto, fue Ortega quien, equivocadamente me propuso para que fuera yo el que desarrollara tan ambicioso programa, tan superior a mis fuerzas como el libro, bien conocido, demuestra³⁰.

No solamente contribuía Ortega a la idea generadora de este proyecto, sino también parecía vislumbrar un esquema de trabajo, unas teorías sobre el toreo y lo popular que hacía tiempo maduraban en su interior. Bajo la introspectiva posición de afrontar lo taurino, él había creído reconocer tras un momento climático en el duelo entre Belmonte y *Joselito*, un “momento de madurez” que si no podía sostenerse llevaría a la Fiesta a un estadio de “éxodo y putrefacción”. En su opinión, recordada por Cossío, cualquier indagación sobre el origen, “sobre lo que la fiesta ha sido y sobre todo sobre lo que puede significar”, resultará más fecundo que exponer públicamente opiniones y conclusiones que la encorsetarían. Si hay aquí incrustada una de las razones por las cuales su propia reflexión se hacía esperar en vano, es algo que sólo podemos sospechar. El caso es que Cossío comenta poco después en el citado homenaje la relación de un intelectual y vívidamente curioso Ortega que en los años de 1934 y 1935 se acercaba con verdadero interés al trabajo de esa enciclopedia, hoy benemérita pero viva todavía, recibiendo los hallazgos gráficos que descubría el autor y que “iban

²⁹ Sobre gran parte de esta relación, puede consultarse el artículo de Juan Miguel SÁNCHEZ VIGIL, “Ortega y Gasset. Director editorial de CALPE”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 10/11 (2005), pp. 177-196.

³⁰ José María de COSSÍO, “D. José Ortega y los toros”, art. cit.

al saloncito de la *Revista de Occidente* antes que a mi despacho y antes que a la imprenta”³¹.

La guerra interrumpió esa estrecha relación y Cossío continuó trabajando sin el contacto y apoyo directo de Ortega. No obstante, hay algunos testimonios que indican que esa relación se trasladó al plano epistolar. En el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset se conservan al menos dos cartas de Cossío durante el año de 1940 en las que el autor informa de varios aspectos de interés de su obra, como la decisión acerca del título, la distribución de capítulos y la preocupación por el ensayo zoológico de Zacarías Salazar, y sobre todo trata de apremiar a don José para que escriba un esperadísimo prólogo que nunca llegó a existir:

En tal punto la obra, yo me atrevo a solicitar de usted lo que le daría un mayor interés: un prólogo, o ensayo preliminar para ella. Hace mucho que habla usted de un (creo que titulado *Paquiro o del toreo*) ¿No sería posible que le redactara usted para este objeto? No basta que yo, ni nadie, amontone noticias y hasta lleguemos a aventurar juicios sobre el sentido de la fiesta. Es preciso que usted por español y por competente defina su significación y aclare su sentido. Yo no me siento ni con saber, ni con autoridad para ello.

Sin poder conseguir su propósito continuó Cossío con su trabajo, a veces interesando a Ortega con algunas indicaciones sobre las teorías que éste quería comprobar acerca de la relación entre el toreo y el sistema de las generaciones, para lo cual tomaba notas de las biografías de matadores desde el siglo XVIII. En definitiva, el libro tomó su propio cuerpo entre Cossío y sus colaboradores, lo que le valió una pequeña *reprimenda* cuando, tras la publicación y entrega del primer volumen en 1943, llega por fin a Lisboa el 6 de diciembre, a manos del filósofo, un ejemplar dedicado por el autor, Cossío fue destinatario de una carta nunca enviada y fechada el día 30 de ese mismo mes y publicada por Garagorri en 1960³². En ella, Ortega razona sobre

³¹ No sabemos si por adicionar material a la obra o por puro cumplimiento en testimonio de amistad, Marañón envía material gráfico taurino para disfrute de Ortega y éste le responde en carta fechada el 22 de febrero de 1935: “He agradecido mucho el envío de esas dos estupendas, conmovedoras instantáneas del Espartero. Quien entienda de historia del toreo en el sentido que se entiende la historia de la pintura no necesitaría más que esos dos documentos para poder definir con bastante rigor el cambio radical de la fiesta acaecido entre aquella época y la actual. A mi juicio este cambio es mucho más sustantivo de lo que se suele creer hasta el punto de que es superficial a él la diferencia de estilos, etc. Lo que ha cambiado por encima y por debajo de todo eso es la zona del alma —en actores y espectadores— de que todavía *vivía* el toreo. Pero sería un poco largo precisar qué es lo que pienso bajo este enunciado”. En Antonio LÓPEZ VEGA (ed.), *Epistolario inédito. Marañón, Ortega, Unamuno*. Madrid: Espasa Calpe, 2008, p. 183.

³² *Oe83*, IX, 471-473. Se publicó con el título de “[Sobre el libro *Los Toros*]", en José ORTEGA Y GASSET, *Sobre la caza, los toros y el toreo*. Madrid: Revista de Occidente, 1960.

los primeros tomos, I y III, que ya conocía: reconociendo al autor el éxito comercial y las excelentes bondades de lo ya publicado, no puede evitar sentir que en la etapa verdaderamente radical del ensayo no hubiera podido él contribuir con diversas consideraciones. Algunas eran simplemente problemas de distribución de materias o de acumulación de contenidos, otras, la insistencia, bajo el esquema de las generaciones, en no depender demasiado de los modos actuales y presentes, como leímos antes en Cossío, para no predeterminedar la visión de la tauromaquia. Esto último no le parece conseguido, ya que tras *Joselito* y Belmonte, apoyándose en su personal criterio, debía de suceder un período de “transición”³³. La inacabada misiva, junto con el propósito de iniciar un intercambio de ideas que acababa de empezar según se deduce (“Pero con todo esto no hago sino comenzar la conversación. Lo de menos es que tenga yo o no razón en estas observaciones que le adelanto”), podría apuntar a la alabanza, necesitada de ausencia de reproches, ante un trabajo todavía sin concluir, por tanto sujeto a remedos, pero muy admirable. Cualquier reticencia puede ser tenida por escasamente generosa, después de circunstancias tan difíciles, y en cualquier caso, Ortega parecía encontrarse en condiciones de escribir él mismo lo que realmente pensaba sobre cuestiones taurinas. A fin de cuentas, el trato humano y personal entre ambos continuó, así como las charlas sobre el camino que tomaba *Los Toros*³⁴, y tampoco debió de pasarle por alto a don José que Cossío había conseguido, asumiendo su primigenio criterio, presentar datos e información positivistas sin “encorsetar” la visión general, sin interpretarlos hacia una posición u otra³⁵, excepto en la no decisión de creer en la esencia del ser español respecto de una particularísima relación con el animal bravo, compartida en su primitivo origen con muchos otros pueblos.

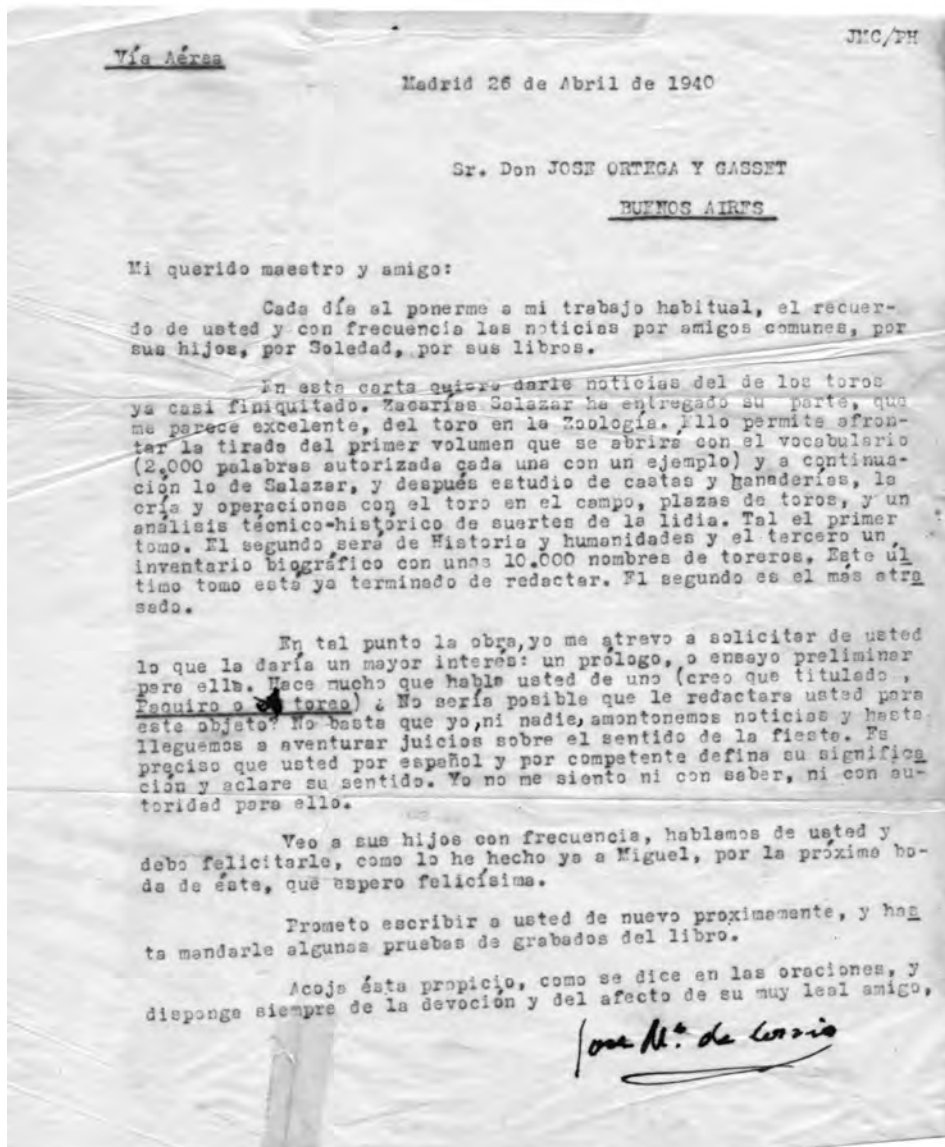
³³ Los taurinos orteguianos, para afirmar su extrañeza ante el escaso aprecio por el toreo en los años 30 que se deduce de opiniones, o más bien, falta de opiniones al respecto en Ortega, se han detenido en afirmaciones como ésta.

³⁴ COSSÍO, en su recuerdo póstumo escribía: “Cuando reanudé mi comunicación con el extraordinario escritor ya el libro estaba publicado en gran parte y escrito en su casi totalidad. Es decir, mis desaciertos no tenían remedio. Pero ello no impidió que sobre él habláramos muchas veces y en que él le mirara con especial benevolencia”. En “D. José Ortega y los toros”, art. cit.

³⁵ Es lo que se desprende del propósito del autor y de la interpretación general de la obra. Véase el libro de Rosario CAMBRIA, *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX*, ob. cit., pp. 40-44.

Documentos:

Carta de José María de Cossío a José Ortega y Gasset pidiéndole un prólogo para *Los Toros*. Madrid, 26 de abril de 1940



Carta de José María de Cossío a José Ortega y Gasset acerca del título y contenido de *Los Toros*. Madrid, 1 de junio de 1940

Madrid 1 junio 1940

Sr. D. José Ortega y Gasset

Mi querido maestro y amigo:

He tenido una gran alegría al recibir su carta y me apresuro a satisfacer las condicionales que me indica. En cuanto a la fecha de salida del libro y, por tanto, de recepción del prólogo, le diré que ahora empezamos a ajustar el primer tomo, pero como el prólogo puede ir con numeración romana independiente, con que esté aquí para cuando se tire el último pliego es suficiente. No sé cuando será esto, pero, en el mejor de los casos, no creo sea antes del mes de octubre. El libro se va a llamar, simplemente, *Los Toros -Tratado técnico-histórico-*, y como creo sabe Vd. le componen una serie de breves monografías superpuestas sobre los distintos aspectos de las corridas.

El primer volumen es de carácter técnico y en él se estudia el toro en la zoología, las diversas castas y gaderías, historial de ellas, toros aflebrados, operaciones con el ganado en el campo, conducciones a las plazas, historial de todas las españolas y estudio de ellas desde el punto de vista técnico, operaciones preliminares de la lidia, un análisis histórico-técnico de las suertes y espectáculos al margen de la lidia seria, tales como luchas de fieras, mojigangas, invenciones, señoritas toreras, etc. Precede a este tomo un vocabulario autorizado, con unos dos mil vocablos taurinos.

El segundo tomo es de carácter humanístico y estudia, además de la historia de la fiesta en España y en los países donde se han celebrao

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

(2) (3)

corridos de toros. Las relaciones de esta afición, con todo género de actividades artísticas y sociales.

Del caso de Vélez el mismo no sé nada. He leído en el semanario biográfico de los últimos años que él fue un torero de los toreros. De este volumen he revisado las biografías de los señores anteriores a 1850, y espero le serán útiles para la construcción cronológica que Vd. pretende y que, en otro caso, me consolaré el que le entretenga su lectura. Verá Vd. que de los toreros más importantes no le envío las biografías, por ser excesivamente largas y pienso que inútiles, pues Vd. sabe lo esencial de su carácter e historia lo mismo que yo y, además, por que alguna sorpresa quiero que tenga Vd. cuando llegue el libro terminado a sus manos.

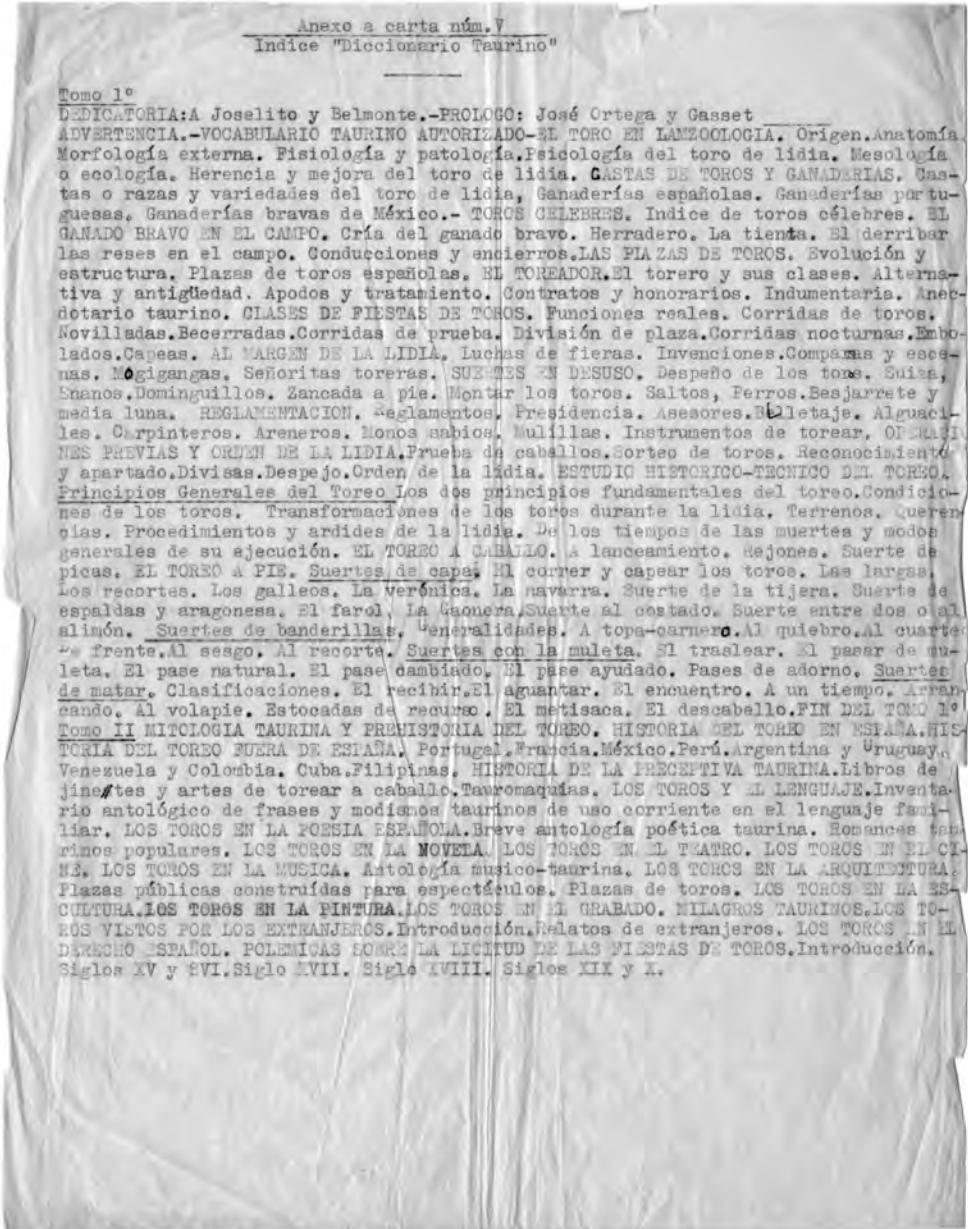
El trabajo de Salazar se le remitiré a Vd. como desea. Es, en la parte biológica, más bien seco y árido, aunque juzgo que hecho con competencia. El capítulo de Filogenia y los dedicados a Genética creo que son los más interesantes, pues el de Psicología del toro hemos convenido en que yo le rebaga, por no poderse enfrascar él en la lectura de libros propiamente taurinos, de los que podía lucrar sus gestiones o noticias.

En un paquete por correo ordinario llegarán los datos que a Ud. le digo. Van consignados a la Delegación de Espasa Calpe en Buenos Aires y así Olarra les hará llegar a sus manos.

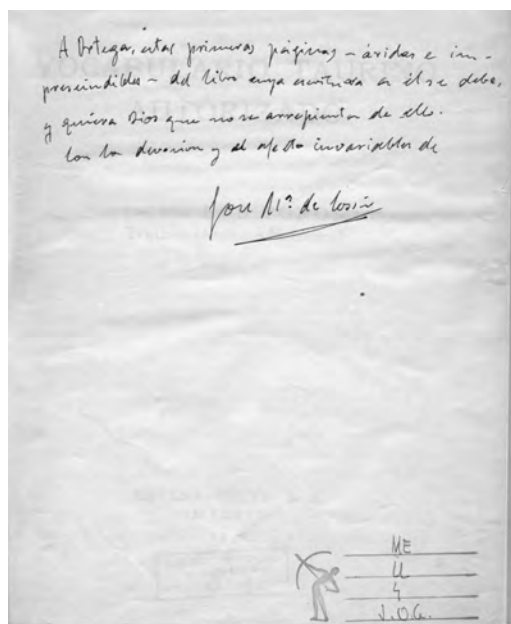
Ayer pasé el día con el chico de Gregorio, que asistió a la boda de Miguel y no se cansaba de ponderar lo lindo y agradable de la fiesta. Ello sirvió para dedicarle a Vd. el recuerdo oportuno y para comunicarme el afecto que, tanto él como yo, sentimos por Vd. y por todas las cosas que con Vd. se relacionan. Espero ver a Soledad muy pronto.

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Anexo a una carta de José María de Cossío a José Ortega y Gasset con un índice posible para *Los Toros*. [c. 1940]



Portada y dedicatoria de José María de Cossío en la hoja de guarda de la primera parte publicada del libro *Los Toros*. 1942



Las Provincias: "D. José Ortega y Gasset y los toros". Artículo firmado por José María de Cossío. [29 de octubre de 1955]

El Heraldo de Aragón: "D. José Ortega y Gasset y los toros". Artículo firmado por José María de Cossío. [29 de octubre de 1955]

D. JOSÉ ORTEGA Y LOS TOROS

Por JOSÉ MARÍA DE COSSÍO.

LA muerte de D. José Ortega Gasset ha suscitado a cuantos le trataron, a más del sentimiento por lo que ha sido pérdida de todos los españoles, recuerdos procedentes de los más diversos ámbitos, ya que la curiosidad del gran escritor se extendía a las más diversas actividades. "Nada humano le era ajeno", podemos repetir con el mismo latido, y para cuantos le trataron fuera cual fuera su acción, o sus estudios, tenía la atención humana o el interés más inteligente para sus actividades. Para Ortega no había nada trivial, nada que no pudiera elevarse a categoría de tema noble y fecundo. Puede decirse que si de la filosofía supiera hacer con su agudísimo mental un deporte, con el deporte era capaz de crear una filosofía. Su ensayo sobre la casa, que sirvió de prólogo para un libro del Conde de Yebes, tiene un contenido humanista y filosófico que no logran tratados especializados dedicados a tales temas intelectuales.

Así fué aficionado a la fiesta de los toros desde su juventud, con afición activa que le hacía asistir frecuentemente a las corridas, pero que le había de servir de tema para ejemplificaciones bien distintas de la arena. Yo tuve la satisfacción, que ahora recuerdo con orgullo, de acompañarle repetidas veces a presenciar algunos corridos. Sobre todo no sólo los incidentes de la corrida sino todo lo que la precede y lo que la sigue. La fusión ante el promotor del cartel, la alegría anticipada de la ida a la plaza, la impaciencia por oír el pasodoble que anuncia la salida de las cuadrillas. Finalmente, el comentario inmediato, en caliente, de las faenas y el alivio de recuerdos y anécdotas que en su memoria suscitaban las incidencias de la plaza y el arte de los diestros. Pero ello no era sino el cimiento sobre el que había de alzarse el comentario transcendental, el trampolín para el salto magnífico en el que la plaza quedaba en la lejanía y la corrida se transportaba a la arena de la inteligencia.

Así la corrida era afición y era pretexto. Siempre arrastró la idea de escribir un gran ensayo sobre nuestra fiesta y aun llegó a anunciar como de inminente publicación su "Paquiro o del torero", que por desgracia no llegó a ver la luz nunca. Su recuerdo más animado era el haber alcanzado a ver de muy joven torrear a Lagartillo y aun recuerdo una cena con Ignacio Sánchez Mejía en la que nos explicó prácticamente, ya a los padres con la servilleta, la diferencia entre la larga del Galia y la del Guera.

Pero en mi el recuerdo más vivo que suscita su muerte es el de la escritura de mi libro "Los toros", que fué iniciativa suya y que siguió con la atención y el interés más desvelados. Era entonces asesor de la editorial Espasa-Calpe, y aconsejó la publicación de un libro de toros que en su idea debiera recoger los aspectos técnicos de la fiesta que pueden interesar a un aficionado y los históricos que debieran interesarle siempre para ver el desarrollo. Asimismo debía tener cabida un panorama de la influencia de la fiesta en el arte, en la vida social y en cuantas actividades españolas han sufrido el influjo de la fiesta tauroma. Aprobado el proyecto, fué Ortega quien espontáneamente me propuso para que fuera yo el que desarrollara tan ambicioso programa, tan superior a mis fuerzas como el libro, bien conocido, de Guera.

Recordando ahora, como si hubiera sucedido ayer, la conversación que con él sostuve. Creo que ha llegado —me dijo— el momento reflexivo de la fiesta. Desde el momento en que Belmonte está en el momento de madurez que puede convertirse en éredo y putrefacción. Es más interesante reaccionar sobre la fiesta que especular qué sabe hacia qué metas. Ese mundo popular de los toros que ha sabido llevarla hasta la perfección en que la contemplamos es el llamado a hacerse continuar. Nuestros consejos y hasta nuestra opinión puede ser perturbadores. En cambio, puede ser fecundo cuanto huestre sobre lo que la fiesta ha sido y sobre todo sobre lo que puede significar.

Más o menos tales fueron sus palabras. Yo cedí a su deseo y empecé inmediatamente la escritura de mi libro, y antes de la preparación de materiales. En su compañía visité la colección de Cris Castibate, hoy salvada, aunque con los quebrantos de nuestra revolución, en el Museo Tauromá de la Plaza de Toros de Madrid. Nos acompañó nuestra amiga Isabel Aranguren, que sirvió de gentil introducción. Creo que Ortega pasó aquella tarde horas verdaderamente divertidas. Los viejos retratos, los recuerdos inesperados, los cortes que forman la más rica colección que jamás se ha reunido de ellos, los cien y cien objetos, viejas revistas, libros, etcétera, etcétera. Ortega se entretenía todo calculando el rendimiento que podía proporcionar tal mina y me animaba e infundía confianza para la futura empresa.

El año que trabajé en mi libro antes de la revolución siguió con el mayor interés la marcha de mi trabajo. Cambiaron elementos gráficos desuerti, en mi investigación iban al saloquio de "Revista de Occidente" antes que a mi despacho y antes que a la imprenta. La revolución interrumpió esta especie de colaboración, pero yo atento la necesidad de decir que si hay algo que valga en tan divulgado libro es la idea de su publicación, y ella a Ortega se debe.

Cuando resumí mi comunicación con el extraordinario escritor ya el libro estaba publicado en gran parte y escrito en su casi totalidad. Es decir, mis desastrosos no tenían remedio. Pero ello me impidió que sobre él habláramos muchas veces y en que él le mirara con especial benevolencia. La piedra había ido por donde Dios quiso, pero su mano era la que la había labrado.

Durante una estancia mía en Lisboa, asistí con él a una corrida en Campo Pequeno. Tenía deseo de ver a los nuevos valores toreros. Recuerdo que torrearon "Manolete", Luis Miguel y "Parrilla". Todos mostraron su estilo peculiar, pero lo asombroso fué la actuación de Nuncio, el genial rejoneador. Y recordaba Ortega una corrida de la Prensa celebrada en Madrid, ero que el año 1934, a la que imbuimos asistido. En ella habían actuado y un poco como en competencia, Antonio Cañero y Da Veiga. Aun tenía presente en la retina el contraste entre lo bello, pero, estulto y sobrio del atuendo y la monía del corrobés y el fausto barroco, los ornos y las sedas, los caballos forzados a artificiosos ejercicios del gran rejoneador portugués.

Podría seguir evocando recuerdos tauromá de Ortega; las fiestas de Navalalmorche, la fina serana de Domingo Ortega, con don Ignacio Zubiega, otro desaparecido inasustituable cargado de recuerdos entrañables. De su amistad con el magnífico torero castellano había de nacer su artículo al "Arte de torrear" de este. Su despedida de la literatura tauroma, que no previamos, era la revelación del primer toro de lidia encontrado entre los trastes de un charmilero alemán y las líneas de una carta de Leibnitz... Buen símbolo de su manera de enfocar la fiesta. Las noticias del último "oro", el antecesor de nuestro logo de lidia, se habían refugiado en un epistolario filosófico. Y allí había de encontrarlas Ortega.

Sean estas líneas mi homenaje. Entre sus recuerdos, ninguno más caliente y vivo que los que pobremente evoco en ellas.

(Prohibida la reproducción.)

Hacia el tantas veces prometido *Paquiro*

El tema de los toros, objeto de una pretendida *meditación* desde tiempo atrás, si bien nunca estuvo lejano de una manera u otra en la estructura intelectual de Ortega, apenas había sido objeto de reflexión escrita y pública, aunque hubiera gastado horas enteras en discutir opinada y a la vez razonadamente, entre charlas de aficionado y perorata de entendido junto a diálogo vivo de filósofo. Toma cuerpo lentamente a través de incitaciones y testimonios esparcidos. El mismo interés que había declarado intencionalmente al impulsar la enciclopedia taurina en los años 30, parece haberle inducido a escribir abierta y profundamente sobre el tema. Tal vez inundado por la ilusión o deseoso de despertar del mal sueño (o de escapar de la trisísima realidad), cruel y nefasto, de la Guerra Civil, precipita un ilusionado libro sobre toros del que informa a Gustav Kilpper, su editor alemán. Tenemos reciente testimonio publicado en la colección del epistolario con su traductora Helene Weyl en carta de ésta fechada en 1938:

No mucho antes de mi partida de Princeton recibí una carta de Kilpper, que me llenó de una ardiente excitación y alegría. Me escribía que ha terminado usted un librito de unas 150 páginas sobre la corrida de toros y que tendré pronto en mis manos para traducirlo: [...] Espero reencontrar en su libro muchas de las explicaciones técnicas e históricas que me dio usted sobre ese juego primitivo, puesto que entonces en la excitación palpitante de la hora no me quedó nada más en la memoria que el tono de su voz y la expresión de sus ojos³⁶.

No será la primera vez que el espectro de *Paquiro* se aparecerá a los contemporáneos de Ortega. No sólo por testimonios personales del escritor, sino también por advertencia editorial a la que no pudo ser ajeno nuestro filósofo, ya que en la edición de *Obras completas* de 1946 (Madrid: Revista de Occidente, 1946-1947), supervisadas por él, al final de la lista de *meditaciones* previstas en 1914 se avisa a los lectores: “Como se ve, andando el tiempo han aparecido algunos de estos ensayos, y otros que pudieran juzgarse definitiva-

³⁶ En Gesine MÄRTENS (ed.), *Correspondencia. José Ortega y Gasset, Helene Weyl*. Madrid: Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, 2008, p. 231. El texto de Weyl interrumpido merece ser reproducido en nota: “Oh, querido Ortega, de qué modo se me hizo presente de nuevo todo al recibir esa noticia, nuestro viaje con José a Pamplona por las montañas, en el que usted y el chico ya rebosantes de ilusión tarareaban todos los pasodobles, la ciudad que hervía en su exuberante y arrebatador júbilo festivo, el momento cuando la puerta de bronce se abrió de golpe como un dragón y el primer toro salió corriendo, fornido y negro, como un símbolo de la naturaleza creadora y los banderilleros delgados y estirados y como una llama de plata delante de la arremetadora fuerza horizontal del dorso del oscuro animal y por último el desconcertante arte de Pas en la danza del torero con el toro, que termina en sangre y muerte”.

mente abandonados, van a aparecer en el tiempo próximo, como por ejemplo, el que se refiere a las corridas de toros”. No adelantaré ninguna novedad a quienes estén ante estas páginas al afirmar que nunca se concluyó tal libro ni parece posible la existencia de las 150 páginas sobre el tema anunciadas a Kilpper³⁷. Sin embargo, durante los años 40 el tema taurino en algunos de sus condicionantes y bajo parámetros muy orteguianos, había tenido presencia variable pero intensa en algunas publicaciones, conferencias y cursos: primero en algunas apreciaciones del “Prólogo” a *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes de 1942³⁸, también con otras excusas, en sus trabajos sobre Velázquez y Goya, que culminaron en la publicación de *Papeles sobre Velázquez y Goya* de 1950³⁹ pero fruto de trabajos anteriores a esa fecha, y en el comienzo de la lección VII (1949) de su curso sobre Toynbee entre 1948 y 1949 en el Instituto de Humanidades⁴⁰.

En todas ellas destaca un interés primordial superior a todos los demás posibles: la imbricación de los toros en la cultura verdaderamente popular de España y por tanto el auténtico origen como tal de la corrida de toros moderna, ya separada radicalmente como espectáculo y rito de los aristocráticos juegos de “toros y cañas”, por tanto, del toreo de a pie frente al de a caballo, y las suertes y composición de dicha corrida moderna con protagonismo centrado en la faena de muleta. Quizás, una cierta democratización del viejo rito, una vuelta a las esencias vitales incorporadas así a toda la sociedad en su conjunto, que se ve como posible espectadora, juzgadora o protagonista.

Tal vez, y no infiero de aquí que se mostrara decepcionado con el trabajo de Cossío sobre cuyo aplauso gratificante y justificado no dudó nunca, Ortega no quedó del todo satisfecho con la indecisión o la buscada ambigüedad en *Los Toros* al no ofrecer una fecha concreta del punto de partida real y efectivo, datable, de las corridas de toros modernas que permitiera enlazar con la diacronía autoimpuesta al aplicar el sistema de las generaciones a la historia del toreo a través del agrupamiento biográfico de toreros famosos noticiados y su apogeo. O simplemente trataba de poner orden en las fechas del aconte-

³⁷ A pesar de que en el “Prólogo” a *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes, fechado en 1942, indique: “Espere el lector la publicación –que no presumo remota– de mi libro *Paquiro o de las corridas de toros*, donde procuro irme al fondo en esta materia, que he llamado «la trágica amistad, tres veces milenaria, entre el hombre español y el toro bravo”». En VI, 286.

³⁸ Lo fecha Ortega en Lisboa en 1942 aunque su primera edición es Madrid: Espasa-Calpe, 1943, pp. IX-XCI. En VI, 269-333.

³⁹ Madrid: Revista de Occidente, 1950. (VI, 600-772). Sobre todo en “Goya y lo popular”, proveniente de unos papeles usados por Ortega para un coloquio sobre “Características del arte de Goya” celebrados durante el curso de 1949-50 en el Instituto de Humanidades. Véase VI, 749-750.

⁴⁰ Cito por *Una interpretación de la Historia Universal. (En torno a Toynbee)*, Oc83, IX, 11-242. Sobre toros, pp. 120-124.

cimiento que trataba de racionalizar. Lo cierto es que el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset conserva abundantes fichas de trabajo preparadas para un estudio mucho más profundo y completo que debe principiar por el origen histórico con una preocupación fehaciente por datar generaciones de lidiadores, algunas apreciaciones sobre su propia teoría tauromáquica y una distribución de los parámetros vitales del momento de esplendor de tomeros antiguos por los que buscó información en su biblioteca de primera mano y en fuentes secundarias. Así, por referencias anotadas a través de los libros de su biblioteca personal, entre obras dedicadas por los mismos autores, Alcázar, Bleu, Jalón (en cuyas palabras se desprende la inclinación belmontista de Ortega)..., o en libros antiguos y ediciones modernas de Mariano de Cavia, Pepe-Hillo, Millán, Redondo, Santa Coloma..., alcanzamos a ver claramente cómo a través de la muy documentada miscelánea del Conde de las Navas, *El espectáculo más nacional*, don José iba señalando con sus lapiceros azules o rojos las notas colectadas de Vargas Ponce, Daza o Bedoya, y en la documentación adicional que Cotarelo ofrecía en las cartas reproducidas en *Los Iriarte y su época*⁴¹. En esa recopilación epistolar de Cotarelo o en otras fuentes, Ortega encontraba fechas aproximadas sobre esa gran revolución del toreo. Ya fuera sobre la última fiesta de toros lidiada por caballeros en 1725 en Madrid, tras levantar Felipe V la prohibición de lidiar, o sobre las fiestas reales celebradas en la Maestranza en 1730, en las que ya tuvieron lugar corridas “de vara larga”, considera a través de reconocidos testimonios que la formación del espectáculo tal y como lo conocemos –aunque hubiera otras modalidades y variantes, como puede verse en grabados goyescos– se forjó entre finales del XVII y primeros del XVIII: “Puede decirse que es en torno a 1740 cuando la fiesta cuajó como obra de arte”⁴². Sostiene aún más claramente en el comienzo de la lección VII del curso sobre Toynbee, tras buscar fechas cercanas a 1728 para ese “extraño hecho”, que eran una “realidad de primer orden en la historia española desde 1740”. Sus investigaciones le llevan a afirmar con contumacia en diversos momentos que nadie se había preguntado por el comienzo de esa bicentenaria realidad histórica.

⁴¹ Citaré entre el apartado taurino de la biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset, los nombrados aquí, de entre una veintena de ellos, que le pertenecieron o heredó de su padre: Federico ALCÁZAR, *Tauromaquia moderna*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1936; Félix BORREL (F. BLEU), *Antes y después del “Guerra”*. Madrid: Imprenta clásica española, 1914; César JALÓN, *CLARITO, Grandezas y miserias del toreo*. Madrid: A. Maeso, 1933. Mariano de CAVIA, *SOBAQUILLO, De pitón a pitón*. Madrid, Fernando Fe, 1891; José DELGADO, alias HILLO, *La tauromaquia*. Madrid: Lorenzo Escribano, 1894; Ladislao REDONDO, “*Guerrita*” y *su tiempo*. Madrid: Fernando Fe, 1899; José SANTA COLOMA, *La tauromaquia*. Madrid: Minuesa, 1870; Juan G. LÓPEZ-VALDEMORO, *El espectáculo más nacional*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1899; Emilio, COTARELO Y MORI, *Los Iriarte y su época*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1897.

⁴² En “Goya y lo popular”, VI, 759.

Por ese motivo llega el momento de profundizar, de decir lo que nadie ha dicho, de dar vida a ese *Paquiro* cuyo título semeja un homenaje al torero *legislador*, a aquel que con su oficio y su *Tauromaquia completa* de 1836 estableció los cánones y suertes de la corrida bajo parámetros racionalizadores, explicativos, superando al esfuerzo, todavía algo toscos, de Pepe-Illo cuarenta años antes⁴³. Ansioso por aportar su propia reflexión, Ortega inicia un manuscrito titulado “Sobre las corridas de toros o Secretos de España. – I”⁴⁴ que apenas contiene breves páginas abandonadas de lamento sobre el poco interés despertado por celebrar el bicentenario de las corridas de toros y teorizar sobre ello entre sus conciudadanos. Su propia frustración en época difícil, entre distancias que él parece acumular con el recuerdo de las críticas de quienes le consideran “el extranjerizante”, conducen a esta pretensión en un simple despertar, en un mero manifestar por escrito (*verba volant...*) su disposición a pensar sobre el tema en un contexto que, llevado al extremo, recuerda a los calurosos debates finiseculares de su juventud.

Este liminar acercamiento pronto abortado puede encontrar superación en tres textos, sólo uno de ellos conocido en vida, el epílogo al libro de su amigo Domingo Ortega que publicó en la editorial de Revista de Occidente, “Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro”, de 1950, y los inéditos “[Borrador del *Epílogo*]” y “[Notas para un brindis]”, publicados por Paulino Garagorri póstumamente en 1960⁴⁵. El hecho de promover nada más que intentos y de no acabar de atravesar la barrera embrionaria de su tantas veces prometido *Paquiro*, llevó al filósofo a resarcirse con textos cortos, apenas unas ráfagas de explicación escrita de cuál podría ser su personal teoría del toreo, que, si bien en un primer momento parecía precisar del modelo de las generaciones para el que en las fichas de notas dejó preparadas Ortega las casillas fechadas de quince en quince años –desde Zاراcondegui y Francisco

⁴³ Cito por Francisco MONTES, *PAQUIRO, Tauromaquia completa*. Madrid: Turner, 1984. Recuerdo al lector no aficionado que el libro, en remedo del de Pepe-Illo a través de José de la Tixera, es opinión que fue escrito en nombre del torero por Santos López Pelegrín, *Abenámbar*. Los expertos en historia taurina suelen coincidir en que *Paquiro*, además de sus triunfos, pasó a la historia del toreo por establecer a su pesar, pues acabó con las antiguas ideas de escuela como la rondeña, una suerte de escuela “chiclanera” continuada por José Redondo *el Chiclanero*, lo que tal vez aporte el elemento familiar de pequeño homenaje, siquiera inconsciente, a José Ortega Munilla, fundador de *El Chiclanero*.

⁴⁴ Manuscrito autógrafo [1940?]. Se publicará en el tomo IX, en preparación, de la nueva edición de *Obras completas*. Leemos en la lección VII del curso sobre Toynbee: “Ahí tienen ustedes cómo para saber lo que es un torero hay que saber muchas cosas y, viceversa, sólo quien sabe lo que es un torero averigua ciertos secretos *fundamentales* de nuestra historia moderna”. En *Oc83*, IX, 123.

⁴⁵ En *Oc83*, IX, 459-464 y 465-470, respectivamente. El libro-conferencia, acto que tuvo lugar en marzo de 1950, de su íntimo y homónimo se titula *El arte del toreo*. Madrid: Revista de Occidente, 1950.

Romero entre 1687 y 1701 con cenit en 1694—, después se transformó en sus conocidas reflexiones acerca de la diferencia entre el toro andaluz, el castellano y el navarro, y la conversión en geometría, apoyado por los versos de Zorrilla (“El diestro es la vertical; / el toro, la horizontal”), del mágico momento de enlace entre el toro y el torero ayudado por la muleta estableciendo esquemas de movimientos a similitud del matemático “grupo de transformación”. Esta aproximación quedó alterada severamente tras la primera redacción del epílogo como puede verse comparándolo con el borrador publicado por Garagorri, y tal vez reservándose para su prometida obra, prefirió convertir su contribución al libro del amigo fraterno en un homenaje al principal protagonista de la Fiesta, el toro⁴⁶. En ello radicaba su investigación sobre el uro, con la famosa ilustración debida al impulso de su admirado Leibniz, para lo que pidió información adicional a su editor alemán, Kilpper, proporcionándole éste las fotocopias del artículo sobre el uro en Egipto del doctor Hilzheimer, que le fue remitida a través del Consulado español en Hamburgo.

No cabe duda de que el tema taurino, en todos sus aspectos, acaparó la atención intelectual de Ortega durante estos años cuarenta y los que hubo de vivir de la siguiente década hasta su mitad. Por desgracia, las circunstancias de su biografía, desde los múltiples intereses intelectuales que le absorbían hasta las iniciativas culturales o la cada vez más quebradiza salud, ayudaron a frustrar la que debió de ser una de sus más queridas y nunca del todo apagadas pasiones: escribir un libro único, decisivo y determinante sobre toros. De él no tenemos ni siquiera una idea aproximada de su esquema o de los fundamentos que podrían basar la argumentación, si histórica o asertiva, si de puro detalle descriptivo o de propósito reglamentador. Tampoco parece que el título permita dilucidar sobre un protagonismo de aquel torero, sustrayéndose a posteriores manifestaciones del papel del pueblo en general en la evolución tauromáquica, acorde con la encarnación de ésta en el ser de los españoles y en el fluir de su historia. Quizás planteara todo eso y más. Mientras tanto, las constantes dilaciones, los varios acercamientos a sus orillas, supieron a poco pero sirvieron de consuelo y de acicate para no dejar de prometerse a sí mismo y de ofrecer a quienes querían oírle la promesa de sacar a la luz definitivamente su *Paquiro*.

⁴⁶ Tal vez no quiso contribuir a cierta polémica o despiste en los lectores, entre sus propias teorías sobre el movimiento en la tauromaquia y las que acababan de leerse en el texto de Domingo Ortega: “La conferencia de Domingo Ortega es un documento único en la historia de la tauromaquia, porque en ella un maestro insigne del arte se ocupa en definir menudamente el esquema de movimientos en que la técnica del toreo consiste”. En “Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro”, VI, 597.

Documentos:

Página de la carta de Helene Weyl a José Ortega y Gasset interesándose por un supuesto libro de Ortega sobre toros. Seattle, 1 de julio de 1938

2

lichterliche Aufregung und Freude empfing. Sie schreibt,
 Sie haben ein Buchlein von etwa 150 Seiten über den
 Stierkampf fertig und ich würde bald das Manuskript
 zum Überlesen in Händen halten! Oh lieber Ortega, wie
 mir bei dieser Nachricht alles wieder vor Augen stand,
 wie eine Fahrt mit Jose über das Gebirge nach Pamplona,
 auf der Sie mit der Junge schon überschritten den von Hon-
 freude und alle Toreros - Barden zu mischen in die Stadt,
 die sich in ihrem Aussehen wiederholen, hinter sich den
 Festgübel, der Berggipfel, als das ebene Tor aufporung
 wie ein Rachen und der erste Stier hervorstach,
 gedungen und schwarz wie ein Symbol der jugendlichen
 Natur und die Dandellions schlank und gerecht wie
 silberne Flammen in der horizontal anstehenden
 Gewalt des dunklen Toreros und gütlich die vermin-
 de Kunst der Sas in dem Tonig des Toreros mit dem
 Stier, der in Blut und Tod endet. Ich hoffe, nichts von
 dem Schicksal wird historischen Romanen, die Sie
 mir zu diesem ansehnlichen Text gegeben haben in Ihre
 Buch nicht zu finden; denn auch ich mir in der heiz-
 kuppelnden Bewegung der Stunde nichts von Gedächtnis kan-
 gen geblieben als der Ton ihrer Stimme und der Ausdruck
 ihrer Augen. - Können nicht das Manuskript ankommen?
 würden Sie es schicken? oder Kopieren? Wenn es direkt
 von Ihnen kommt, bitte lassen Sie es an die Princeton

Primera página del manuscrito "Sobre las corridas de toros o Secretos de España.— I". [1940?]

Sobre las corridas de toros

o

Secretos de España.

I

Es una gran vergüenza - y acaso algo más grave - que haya de ser yo, ^{el filósofo,} el extraño y el extranjerizante, quien haga caer a los españoles en la cuenta de que por las fechas de estos años las corridas de toros a Friviesau el vicentenario de su nacimiento.

Es una gran vergüenza y acaso algo más grave, tan acaso que lo es ciertamente. No contribuye nada a menguar esta gravedad que el lector diga o se diga: "No hay tal vergüenza sino todo lo contrario!". Se trata de un sintoma excelente, ^{revelador de} el cual resulta que a los españoles no les interesa ya las corridas de toros y se han convencido, por fin, de que son una barbaridad. "Lo siento mucho pero que el lector tal vez diga o se diga esto, no me tranquiliza nada. Al contrario, me angustia todavía más porque a la gravedad, para mí evidente, de aquella inadvertencia viene a agregarse otra. En efecto, refuerza en ~~mi~~ ^{mi} muestra

Tres de las 43 notas de trabajo de la subcarpeta "Notas para toros" de la carpeta *Toros*. [S. f.]

Carácter fugible del toro - di.
Ficultad de su recuerdo -

Con Costillares y Romero se da
za lo de siempre. Los aristócratas
con el antiguo: el pueblo a este.
y. Catavero - Cuarta - 373 - 374

Luego con Pepetillo para lo mismo.
A este van también los poetas, az-
lestar

Estrano fenómeno de que
al que se precisa la his-
toria del toro se abraza
el aire. ¿No pasa esto con
todo lo popular?

Se ha perdido hasta la
noción de lo que era el mo-
mento ~~soo~~ esencial: matar.
La perfección y. hay se da en
las suertes de capa y muleta
efuero entonces en el matar.
Seueto sig. probable Pedro Romo.
No ha sido algo, cari no acertamos
a imaginar.

Una de las 19 notas de trabajo de la subcarpeta "Conferencia toros" de la carpeta *Toros*. [1949]

Es muy probable, el tamborileo y clamada de la salida y cambio de suerte procedan de los vascos -

Dos de las 36 notas de trabajo de la subcarpeta "Toros" de la carpeta *Toros*. [S. f.]

1694
1688 - 1701
Zaracundegui -
Francisco Romero -

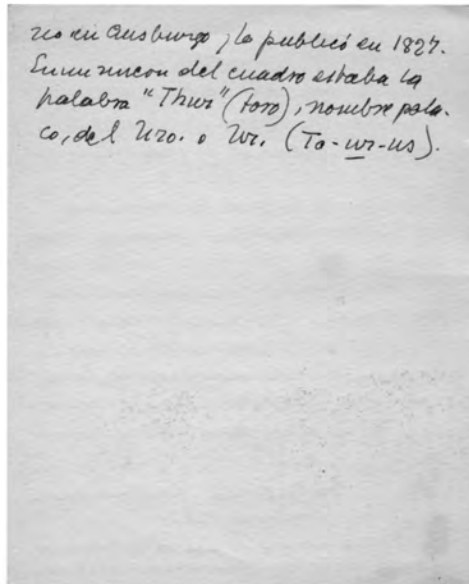
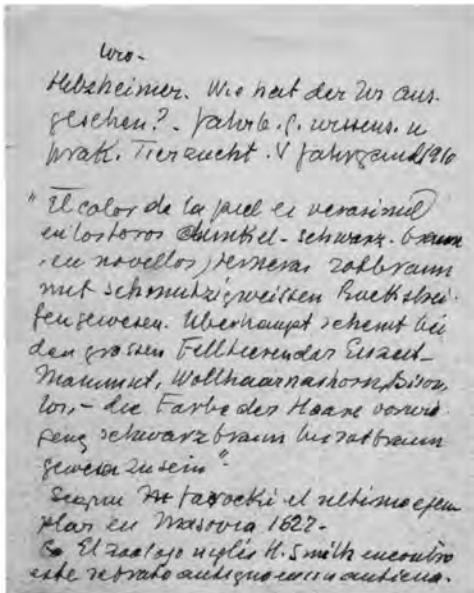
3^a
1754
1747 - ~~1754~~ 1761
Pedro Romero - 1754 - 1839 -
Pepe. Milla - 1754 - 1775 - 1801 -
Jerónimo Juelcaudido - 1760 -
José Romero - 1755?

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Saluda de Ernesto La Orden y sobre en que adjuntaba a Ortega la documentación sobre el uro enviada por Gustav Kilpper. 25 de noviembre de 1949



Otra de las 19 notas de trabajo de la subcarpeta "Conferencia toros" de la carpeta *Toros*. [1949]

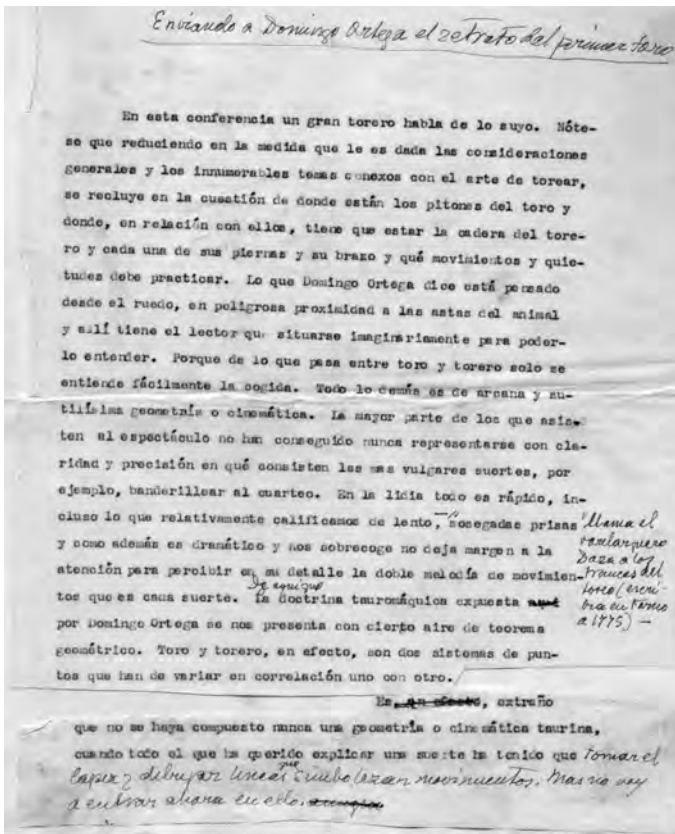


DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Grabado reproduciendo un cuadro que representaba el uro según un artículo del profesor Max Hilzheimer. [1950]



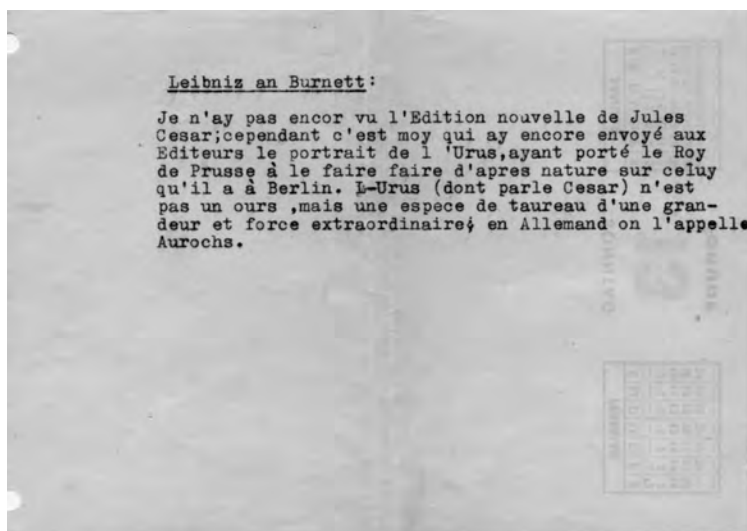
Primera página del manuscrito "Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro". [1950]



Cubierta y portada del libro-conferencia de Domingo Ortega, *El arte del toro*, con epílogo de José Ortega y Gasset. 1950



Hoja de calendario en alemán del año 1946 que al dorso presenta la traducción al francés de la carta de Leibniz a que se refiere Ortega en la página 62 de su "Anejo" a *El arte del toro*, encontrada entre las páginas del ejemplar conservado en la Fundación José Ortega y Gasset. [1950]



Ortega, filósofo torero y taurino

En los años últimos de la vida de Ortega, la presencia de mundo del toro se convirtió en un hecho común, acentuado agudamente por la amistad con Domingo Ortega, muy cercana y presente. Con él viajaba con frecuencia por España y, a veces, por Europa. Los dos Ortegas iban a capeas donde el filósofo, a pesar de su edad, se atrevía aún a dar unos capotazos, a las fiestas que el matador de Borox daba en su finca de *Navalcaide* con muchos y variados invitados o al carnaval de Munich:

Símbolo de esa amistad puede servir la invitación que hizo mi padre al matrimonio Ortega para asistir al carnaval de Múnich en 1954. Mi padre acababa de realizar una *tournée* triunfal de conferencias por Alemania y quiso transmitir así su euforia a sus amigos. Parece que hizo sensación la entrada de la pareja –él, Domingo, vestido de corto; ella, Pikuki, con mantilla de blonda, ambos elegantes y magníficos– en el salón donde se celebraba el gran baile del *Fasching* muniqués, a los acordes de su famoso pasodoble, cuya partitura me había ordenado mi padre enviarle para que se la aprendiera la orquesta del hotel. Poco después, Domingo le regalaría a mi padre un lujoso capote de paseo que vino a mis manos en el reparto de esos objetos que se quedan dormidos en las estancias silenciosas cuando sus dueños se van para siempre⁴⁷.

Ambos amigos se admiraban, aun pareciendo que por preparación y conocimiento hubiese sido difícil en principio conjugar tan varias y alejadas formaciones intelectuales. Como sucedía con Belmonte, Domingo Ortega era una persona de natural inteligente, un gran maestro de su oficio que tuvo su momento de esplendor en los años 30 y estaba perfectamente acostumbrado al trato cotidiano con intelectuales y personalidades del mundo artístico y cultural que se acercaban con esa mezcla de envidia sana, interés y admiración por la lidia. Los testimonios que indagan en los pormenores de aquella amistad, filias aparte, suelen recalcar en el agrado de José Ortega por la vivencia de lo taurino y en aquella faceta de su personalidad que hemos reflejado anteriormente y ahora volvemos a señalar que consistía en “hablar de toros”. Comentar faenas, suertes o conocimientos sobre los orígenes del toreo con un verdadero profesional que había madurado los pormenores de su oficio hasta el punto de preparar una conferencia-tratado sobre el tema que no dudó en publicar la editorial Revista de Occidente en 1950, permitió a ambos madurar sus opiniones y sobre todo, hacerse una idea más cabal del significado real de la lidia. Así lo señala Carlos Abella:

⁴⁷ José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*, ob. cit., p. 305.

Parece irremediable que Ortega escogiera a Domingo Ortega como el amigo torero, pues éste encarnaba mejor que nadie en el escalafón taurino la sapiencia y la sabiduría de su propia materia. Hasta el punto que el torero debió proporcionar al filósofo las claves misteriosas de la embestida del toro. A la sabiduría y conocimiento profundo del toro, de las distancias, de los terrenos. Y a la comprensión que poseía el torero del toro unió Ortega su profunda capacidad de análisis y de conocimiento reflexivo de la realidad⁴⁸.

La presencia de Ortega en relación con lo taurino se intensificó en estos años hasta tal punto que la prensa se hacía eco de que su figura pública estaba directa y estrechamente unida a ello. Con Ortega, y a su lado, había a menudo por estas fechas alguien o algo relacionado con toros, casi siempre Domingo Ortega, además de la expectación que él quiso crear alrededor de su tan alardeado *Paquiro*. Es la época en que el debate taurino, una manera más de evitar el debate político, toma cuerpo en las portadas de los rotativos y nuestro filósofo no quiere dejar de formar parte de él, haciendo ver siempre que no reflexiona y trata sobre un mero espectáculo sino sobre un tema radical en la vida de los españoles. En esa tensión informativa, devoradora de novedades, se inscribe la presencia de un libro tantas veces prometido, primero por tratarse de la personalidad intelectual más sobresaliente de España en aquel momento, por tanto susceptible de utilización por el régimen franquista, luego, por su condición de viejo aficionado, de “castizo y entendido”, como escribirá con cierta sorna A. de S. en *Madrid Taurino* de 1946 en una entrevista tomada de otra diez años anterior según su autor, en la nos cuenta la historia conocida de *Vinagre* como excusa para anunciar el ensayo sobre tauromaquia. Más interesante, a todas luces, en ese mismo año (2-VI-1946) fue el artículo-entrevista de Luis Calvo en *ABC*, titulado “La teoría del toreo”, a propósito de una visita a la finca serrana de Domingo Ortega, en que don José, su hijo Pepe, Cossío y el maestro dedican una jornada a la tienta y la conversación taurina. Lo que Miguel Ortega⁴⁹ considera un esquema sustancioso del estudio sobre toros de su padre, comienza por la sugestiva imagen del filósofo-torero, según el estilo florido de Calvo:

⁴⁸ En el especial dedicado a Ortega de la revista *Fiesta*, 4, año I (julio de 1983), p. 85.

⁴⁹ En *Ortega y Gasset, mi padre*, ob. cit., p. 182.

Hay en su obra y en su persona un floreo externo y un vigor recóndito, que son típicamente andaluces. Flamenquería y ringorrango; nervio terne y esfuerzo enjuto. Ha sido, además, torero. Zuloaga decía que nadie toreaba “de salón” con más gracia que Ortega. Y no hace todavía un año que en la plaza de la dehesa de Domingo Ortega, este hombre –el de *La rebelión de las masas*–, de piel bronca y cráneo largo y vertical, cubierto de derecha a izquierda por unos ralos cabellos de lino, este hombre extraordinario, madurado en el estudio y la meditación, perdía el resuello, si no el compás, saludando con largas lagartijeras, y el pecho abombado, a unas becerras sin tentar.

Esta poética evocación del periodista sirve para entrar en materia a propósito de la discusión que se generó aquella tarde después de ver a Domingo Ortega torear a unas becerras, en la que don José, ante cuestión espinosa como el origen de la fiesta de a pie, aventuraba sus propias reflexiones acerca de la popularización de la lidia, el cambio operado desde la presencia del peto y sus quejas sobre la moderna costumbre de torear de lado y no frente a la res. Después de su alocución, como buen aficionado, piensa siempre en calidades perdidas, tal vez necesarias con la transformación de los toros y dirige a su amigo y anfitrión una pequeña queja inquiriendo sobre por qué no volvían a “aquellas largas de capote tendido al hombro o al brazo, que doblaban y agobiaban a los toros de otro tiempo”. El silencio del maestro permite a Calvo excusar el fin de su artículo mediante un guiño hacia la espera del inacabado *Paquiro*.

La prensa había tomado al filósofo en esta nueva etapa como un verdadero experto taurino, suscitado por él mismo y sus allegados, pero ausente de la zalamería burlona y del ataque despectivo con que fue recibida la presencia de Domingo Ortega y *Dominguín* en el curso sobre Toynbee de 1948 y 1949. Los aristócratas y toreros que asistían a sus lecciones no parecían representar el modelo ideal sobre el que hacer brotar la labor docente del Instituto de Humanidades. Nada le dolió más a Ortega que esa ofensa, contra la que alegó al comienzo de su lección VII tachando de “sabandijas periodísticas” a estos informadores. En su cólera acentuó algunas de sus afirmaciones anteriores sobre la absoluta y solitaria seriedad de su reflexión sobre los toros y la importancia de éstos para explicar la historia española desde 1650. A tenor de su respuesta y consciente de que no cabía separarse demasiado del hilo de sus argumentaciones, retoma la encendida defensa en unas notas para un discurso en un homenaje hacia octubre de 1949 – “[Notas para un brindis]” las tituló Garagorri–, que no llegó a tener lugar. Sólo añade a sus ya conocidas aseveraciones la determinante concepción de que el toreo es todo lo que acontece en torno al toro (desde su vida en el

campo hasta la presencia del público) desde que nace hasta que muere y no solamente a la faena en sí.

De estos años finales de la década de los 40 se conserva todavía, a pesar de lo avanzado de la edad, alguna foto de Ortega trasteando en *Navalcaide*, y otra tan famosa como la tomada por Rafael Cano, *Canito*, tanto tiempo decano de los fotógrafos taurinos, en la que se ve al filósofo de punta en blanco, con terno gris y zapatos de un negro inmaculado, toreando al alimón una becerra con Domingo Ortega.

Hasta el final de su vida persiguió a Ortega el interés por los toros y el fantasma que él mismo ayudó a trasfigurar en su *Paquiro*, multiplicadas las anécdotas y el protagonismo en el famoso carnaval muniqués para el que un traje de oficio de su amigo sirvió de disfraz a éste, ante lo que quisiéramos ver, además de la invitación a una pareja amiga, un pequeño juego travieso, toda vez que algunos periódicos alemanes le habían saludado a su vuelta en 1949 llamándole *Ein Torero des Geistes*. En aquel festival, ante una concurrencia para quien el traje corto del matador era un simple disfraz, Ortega jugaba al despiste bajo una peluca rubia sonriendo feliz y relajado ante aquellos muniqueses que no entendían cómo un filósofo de su categoría había dicho e insistía todavía en aseverar que, en el fondo, él era un torero.

Documentos:

Madrid Taurino: "Las andanzas toreras de un filósofo". Artículo firmado A. de S. [24 de marzo de 1946]

ABC: "La «teoría del toreo»". Artículo firmado por Luis Calvo. [2 de junio de 1946]



Solidaridad nacional: "Intelectuales y toreros en los cursos de Ortega". [10 de diciembre de 1948]

INTELECTUALES Y TOREROS EN LOS CURSOS DE ORTEGA

Madrid, 13. — El Instituto de Humanidades que dirige el filósofo don José Ortega y Gasset, ha iniciado hoy su tarea docente. En la matrícula figuran personalidades de la intelectualidad madrileña, de la aristocracia y toreros que se sienten adictos también por los temas cultos. El Instituto consta de cursos, conferencias y coloquios de discusiones. El primero de estos coloquios lleva por título: «Filosofía de los precios». — CIFRA.

Gaceta del Norte: “Noticias breves: se dice que Domingo Ortega y Miguel Dominguín...”. [11 de diciembre de 1948]

El Heraldo de Aragón: “Los toreros y el filósofo”. [15 de diciembre de 1948]



El Noticiero universal: “Ortega habla de toros”. [c. diciembre de 1949]

Serie de fotografías en la finca *Navalcaide* del torero Domingo Ortega, con Ortega, su hijo José y otros invitados a una capea: Luis Calvo, Emilio García Gómez, Torcuato Luca de Tena, José María de Cossío... [1949]

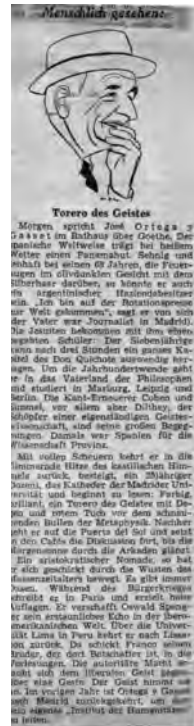




A la izquierda fotografía de Ortega toreando en la finca *Navalcaide*. [1949].
A la derecha Domingo Ortega toreando en su finca *Navalcaide*. [S. f.]



Hamburger Abendblatt: "Torero des Geistes". [27 de agosto de 1949]



Fränkische Presse: "Torero des Geistes. Ortega y Gasset sprach in Bonn". Artículo firmado por Rolf Gerlach. [13 de febrero de 1954]
Westzlarer Neue Zeitung: "Ortega y Gasset: Torero des Geistes". Artículo firmado por Rolf Gerlach. [13 de febrero de 1954]
 Fotografía de Domingo Ortega posando con su mujer, Pikuki, en el Festival de Munich. [Octubre de 1954]



Recorte de prensa sin nombre de diario: "La filosofía y los toros: así piensa Ortega". [1954]

La Voz de España: "Intelectuales y toreros ante la decadencia de la Fiesta".

Artículo firmado por Antonio Obregón. [26 de mayo de 1955]

Intelectuales y toreros ante la decadencia de la Fiesta

Generaciones literarias laurinas y antilaurinas

De Valle Inclán a Eugenio Noel

El técnico—venía a decir Marcel Lalande, con motivo de su homenaje en la Venta del Bañán, al que hemos asistido—ha sido desplazado y no interesa al público. —A injerencia de las masas ha arrojado a los buenos aficionados. Cuando la masa interviene, es arte degenera, y como consecuencia, es. Infiujo de los resultados económicos, la desaparición del toro, para no dar importancia más que al torero. (Son palabras de Domingo Ortega.)

Correchano, en las palabras que pronunció en el mismo acto acababa esta decadencia a la falta de competencias. Competencias, según otro crítico, es el gran incentivo de las multitudes en todas las épocas del toro: Pepe Mlun y Peiró Romero, Paquiro y el Chiclapero, Lagarillo y Frascuelo, Mazzantini y el Espartaco, con Guerrita, el Algabeño y Villita, Bombita y Machaquito, Jovelito y Belmonte, Manote y Atreza...

Don José Ortega y Gasset, en el prólogo al libro "El arte del torero", de Domingo Ortega, dice que el toro ha quedado hoy reducido a 14 milímetros, se le ha quitado la parte más bella, aquella en que el torero se enfrenta con el toro echándole el capote o la muleta adelante, para a medida que el toro va entrando en la jurisdicción del torero, ir legitimándose. Según el ilustre profesor, el matador hoy "toros destorando". Otras veces le hemos oído opinarnos sobre el toro en relación con el panorama histórico español.

Otra opinión del filósofo en relación con el toro actual es la siguiente:

—Así como el artista oculta su arte, los toreros de hoy ocultan en el estallido la falta de arte. Hoy se tora de lado, dando al toro el colado y no el percho. Antes el torero triunfaba y fracasaba en una misma tarde, porque un toro era bueno para la lidia y otro no. La fiesta era entonces gallarda, impetuosa, áspera y frenética...

Juan Belmonte suele referirse a la pérdida de calma y nervio en el toro, a la humanización de la fiesta y al alejamiento ya desaparecido,

Los dos Ortegas, el torero y el escritor quienes —quizás por injujo de su apellido homónimo— se muestran curiosamente aleccionados el uno al dicto del otro: Domingo Ortega, el lidiador, a veces escribe, y siempre se encuentra a gusto entre las gentes de letras, y don José Ortega y Gasset, si no salta a la plaza personalmente, si ha salido muchas veces al ruedo de la polémica laurina, con agudas observaciones sobre toros y toreros.

Naturalmente que esa transformación es cuestión de años, y si, en tanto, surgen figuras y competencias, la Fiesta volverá, acaso, al suyo perdido, porque en el ruedo laurino, como en el literario y artístico, lo que hacen falta son figuras.

ANTONIO DE OBREGÓN.

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Epílogo. La hora de la verdad

Ortega falleció en su casa madrileña el 18 de octubre de 1955. Dejó obras inacabadas, intereses intelectuales sin satisfacer, bastantes trabajos proyectados o abocetados en notas o en embrionario estadio imaginativo, pero pocos de ellos fueron tan persistentes, tan compañeros a lo largo de una vida y quizás tan íntimamente deseados como el proyecto de escribir su *Paquiro*, para el que tantas veces interesó a sus lectores. El peculiar modo de expresar sus teorías sobre el toreo influyó en la reflexión que los especialistas han tomado a modo de conclusión. José Carlos Arévalo, reconocedor de la doctrina tauromáquica orteguiana a modo de semillero, se pregunta abiertamente si Ortega sabía de toros⁵⁰. Nadie se atreve realmente a negarlo, si bien parece difícil de aplicar su sentido geométrico, y aún de problema matemático, de la lidia, aunque a todos parece gustar el papel concedido a las corridas en la historia de España, las muy jugosas reflexiones sobre la pertenencia de los toros y su morfología correspondiente, así como los movimientos inventados por los toreros según mimetismos de los mismos movimientos en su vida cotidiana. Asimismo resalta entre sus afirmaciones la verdadera centralidad del toro en este espectáculo a través de la comprensión intuitiva del animal y la sintonía entre toro y torero con las reacciones del público. Contra ciertas esencias nacionalistas actuales parece acometer el origen vasco de las corridas a pie frente al esencialismo andaluz⁵¹. Debatida sigue siendo la cuestión, algo marginal, de si era don José un verdadero aficionado antes que un teórico original de la Fiesta. Al debate podrá añadirse la documentación que ofrecemos aquí. Creo observar, sin embargo, que muchos de los que han debatido cuestiones relativas al conocimiento taurino de Ortega parten de la diferencia entre el filósofo y el *aficionado*, como si en una misma persona no cupieran ambas posibilidades. No cabe aquí analizar con detalle la tauromaquia orteguiana⁵², sino ofrecer los documentos conservados en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset que puedan ayudar a los lectores a formar una opinión. Por los textos agrupados y publicados, póstumos o no, Cambria concluye con bastante rotundidad la opinión más comúnmente aceptada: “Ortega no penetró más allá de la superficie de la cuestión; pero,

⁵⁰ En dos artículos de contenido muy similar recogidos uno “Ortega y los toros”, en el especial de *Fiesta* ya citado, pp. 87-90, y levemente corregido, con el mismo título, en *Revista de Occidente*, 36 (mayo de 1984), pp. 49-59.

⁵¹ Un resumen no sistemático ni militante, sino descriptivo podemos observar en Agustín TEMES LHARDY, *Nuevos ensayos taurinos*. Madrid: Duval, 1995, pp. 7-15.

⁵² Hemos recordado algunas referencias, ninguna tan determinante en mi modesta opinión, como el capítulo que dedica a analizar pormenorizadamente las ideas de Ortega sobre toros en la monografía clásica de Rosario CAMBRIA, *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX*, ob. cit., en las páginas 118-144.

de todas maneras, fue mucho más de lo que había hecho cualquier otro pensador español antes de él⁵³. Esa centralidad, continuada por otras muy informadas opiniones⁵⁴, rinde tributo al filósofo y marca una senda de prestigio que no ha podido ser apenas continuada, quizás por conformarse en torno a una particularísima visión, propia del vitalismo radical orteguiano, aparentemente difícil de conjugarse con el serio espacio del pensamiento académico. Olvidamos acaso que Platón fue atleta antes que filósofo y de ahí el sobrenombre por el que es comúnmente conocido.

La pasión por los toros en Ortega, pese a todo, conforma un elemento de consistencia y particularización en su vida, concedámoslo, más que en su obra. El esfuerzo intelectual por explicar, si bien pretendidamente señalada con la exclusividad, seriedad y profundización que él mismo se atribuía, las corridas de toros como materia aparte y como sustancia visible del ser español ya supone una diferencia radical frente a los testimonios de matadores, como su amigo Domingo Ortega, o de especialistas taurinos, demasiado inclinados ambos hacia el tecnicismo, la descripción o la costumbre reglamentista y didáctica. Pero la cercanía con el universo del toro, la inmediatez de la verista emulación del torero, el simple juego arriesgado de ponerse frente a un animal bravo, siempre peligroso, o el goce de la conversación taurina, tan acusado, sólo son equiparables en cuanto actitud vital con otra personalidad semejante, ya hablemos de un Picasso o del mismo Zuloaga por no ir más lejos, en lo que tiene de apasionamiento y de ludismo. El modelo del torero, su valentía, el riesgo del oficio y la exposición y movimientos del propio cuerpo ante el toro, son a menudo trasuntos muy caros al corazón de Ortega. Y muy presentes en una forma u otra en su imaginario reflexivo y metafórico. Aquel señor que presumía de ser torero ante un auditorio deseoso de atender a razonamientos de dilatada hondura en los *Recontres Internationales*, era el mismo que poco tiempo antes había escrito y repetido de viva voz, ante público más motivado a apreciar otro tipo de faenas, en una de sus "Cuatro lecciones" de un curso sobre Velázquez en San Sebastián en septiembre de 1947, lo siguiente:

Soy madrileño, y una de las figuras más típicas de Madrid es ese chico que desde el tendido asiste a la novillada y en un cierto momento, sin posible contención, se arroja al ruedo y con su blusa se pone a torear al cornúpeto. Yo soy de por vida ese eterno chico de la blusa y no puedo contemplar un problema astifino sin lanzarme hacia él insensatamente⁵⁵.

⁵³ *Ibidem*, p. 118.

⁵⁴ Andrés AMORÓS GUARDIOLA, "Los toros en la literatura. Ensayo, novela, teatro y poesía", en José María de COSSÍO, *Los toros*, tomo VII. Madrid: Espasa-Calpe, 1982, pp. 234-235.

⁵⁵ En "Introducción a Velázquez -1947", en *Oc*:83, VIII, 559.

Documentos:

Pueblo: “La última conversación de Ortega y Gasset con su peluquero: le tuvo que explicar una faena de Domingo Ortega”. Artículo firmado A. D. O. [19 de octubre de 1955]



Südkurier: “Ein Torero des Geistes”. [19 de octubre de 1955]

Badische Zeitung: “Ein Torero des Geistes. Zum Tode des spanischen Philosophen Ortega y Gasset”. Artículo firmado por Fritz Kraus. [19 de octubre de 1955]

Darmstädter Echo: “Torero des Geistes”. Artículo firmado por Rolf Gerlach. [20 de octubre de 1955]

Bad Oeynhausen Anzeiger und Tagblatt: "Ein Torero des Geistes. Wachsein für die wahren Werte des Lebens: Zum Tode von Ortega y Gasset". [20 de octubre de 1955]

Landeszeitung Lüneburg: "Torero des Geistes. Das Erbe Ortega y Gasset". Artículo firmado por Rolf Gerlach. [29 de octubre de 1955]

Revista: "El toro brindado por Ortega y Gasset a Domingo Ortega". Artículo firmado por Rafael Manzano. [c. octubre de 1955]

La Manhã: "Ortega y Gasset. «Afiicionado de Solera»". Artículo firmado por João Aranha. [23 de octubre de 1955]

TAUROMAQUIA
— UM CASO
POR SEMANA

D. João
La Manhã
23 - Oct - 1955

Ortega y Gasset

«Afiicionado de Solera»

por João Aranha

DESAPARECEU da scena mundial, a figura eminente de José Ortega y Gasset, talvez o maior pensador latino dos nossos dias. A sua palavra douta e fluente, e a sua vastíssima cultura, abandonaram, materialmente, as salas do Instituto de Humanidades, por ele fundado na capital espanhola, e onde, até há bem pouco tempo, vinha erigendo os cursos de filosofia mais frequentados e dos mais interessantes de toda a Espanha. Espiritualmente a sua voz e os temas do «seu pensamento» ecoarão — por largos anos — dentro e fora das suas classes, porquanto o ilustre filósofo castelhano passou a história, e legou à cultura hispânica e mundial, uma notável obra filosófica e literária.

Ortega y Gasset nasceu em Madrid, coração de Espanha e capital da Castela, provincia da acentuada tradição tauromáquica. A sua presença entre os afiicionados de «solera» e os intelectuais afiicionados, que invariavelmente ocupam os lugares do «tendido nuevo» do «Monumental», constitui a melhor garantia do interesse que o grande pensador dedicava à «Fiesta», da qual era um apaixonado e um entendido. Escrevia, há dias, Rogério Perez, nas páginas de um jornal de especialidade, que em entrevista que em tempos lhe fora concedida Ortega y Gasset febrevisista difícil, dada a publicidade jornalística, o mesmo lhe confessou até que, quando jovem, tinha pensado ser toureiro,

chegando a matar vários novilhos, e sendo colhido uma vez, com certa gravidade.

Para quem nunca assistiu a uma corrida em Espanha, e sobretudo para quem não conhece certas particularidades do temperamento e espirito dos nossos vizinhos, esta faceta da personalidade do eminente pensador, poderá parecer deslocada e incompreensível. Para quem convive amidade com os espanhóis, e especialmente para quem tem observado o tipo de espectadores que ocupam os lugares do sector novo da praça de Madrid, o «fenômeno» assume o aspecto de coisa banal e naturalíssima, porquanto, ainda que tenha ficado vago o lugar de Ortega y Gasset na praça Monumental, ocupam aquele sector figuras proeminentes da literatura, da politica e da ciência, tal como Fernandes Flores, o professor Maranhão e tantos outros!

Os loiros são em Espanha verdadeiros «festa nacionais», e o povo espanhol sente a sua festa, em lha opor limitações de ordem material ou espiritual, já que ela constitui como que um traço marcante de «raça» e de «mistica», que a todos une. As excepções, por íntimas, não contam...

Tibemos a dita de escutar as interessantísimas lições do Mestre, aquando da sua primeira estadia no nosso País. Eramos então estudantes da Faculdade de Letras, e recordamos bem que o entusiasmo e o prazer que nos produziram as suas conferências não ficaram a dever-se apenas à curiosidade do estudante pelo interesse e cunho pexodíssimo dos temas abordados.

Serie de fotografías y tarjetas postales de temática taurina conservadas por Ortega. [S. f.]

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Caricatura de José Ortega y Gasset atribuida a José Antonio Ortega Rosales con motivo de la aparición de *La caza y los toros*. [1960]



© Herederos de José Ortega y Gasset.